LAS MOCEDADES DE RODRIGO

ALMIJARA BARBERO CARVAJAL

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: JUAN ALBERTO HERNÁNDEZ

CERBERO

Sinopsis

LA vida de Rodrigo Díaz de Vivar, un caballerizo esmirriado en el apogeo de su adolescencia, está a punto de cambiar radicalmente debido a una intervención mariana de lo más atípica que pondrá su mundo patas arriba. Lo primero que deberá hacer, junto a su corcel, Babieca, será convertirse en un afamado héroe de leyenda.

Mientras tanto, en la corte, el reinado de Sancha I llega a su fin tras presentar batalla a la taifa de Valencia. Urraca, su primogénita, heredará su reino y el dominio de los reinos adyacentes como Emperatriz de todas las Españas. Eso si sus cuatro hermanos, cada uno con sus propias ambiciones, deciden apoyarla en su regencia.

Ir al índice

LAS MOCEDADES DE RODRIGO

© Almijara Barbero Carvajal, 2019

TÍTULO ORIGINAL:

Las mocedades de Rodrigo

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

© Juan Alberto Hernández, 2019

DISEÑO EDITORIAL:

MonoVampiro, 2019

ARTE FINAL:

© Mariana Palova, 2019

EDITORIAL:

Editorial Cerbero, 2019

www.editorialcerbero.com

COLECCIÓN:

Argos #6

FECHA DE PUBLICACIÓN:

Octubre de 2019

ISBN:

978-84-120202-8-1

Almijara
Barbero Carvajal
LAS MOCEDADES
DE RODRIGO
EDICIÓN DIGITAL 2020

ALMIJARA BARBERO CARVAJAL

LAS MOCEDADES DE RODRIGO

· EDITORIAL ·
CERBERO™

COLECCIÓN ARGOS º 6

LA REYNA.

OR quanto, por parte de vos Almijara Barbero Carvajal, nos fue fecha relacion, que aviades compuesto un libro intitulado, *Las mocedades de Rodrigo*, el qual os avia costado mucho trabajo, y era muy util, y provechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licencia y facultad, para le poder imprimir, y previlegio por el tiempo que fuessemos servidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematica ultimamente por nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado, que deviamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien. Por lo qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona q vuestro poder huviere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro intitulado, *Las mocedades de Rodrigo*, q de suso se haze mencion, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuente desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impression que hiziere, con los moldes y aparejos della: y mas incurra en pena de cuncuenta mil maravedis, cada vez q lo contrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra Camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las vezes que huvieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traiygais al

nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto, que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de María de Andrada, nuestra escrivana de Camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresion esta conforme el original: o traigays fe en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, fe vio, y corrigio la dicha impresion, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada un libro de los que assi fueron impressos, para que se tasse el precio que por cada volumen huvieredes de aver. Y mandamos al Impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de un solo libro, con el original de la Autora, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correcion, y tassa, hasta q antes, y primero el dicho libro este corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y el primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cedula, y la aprovacion, tassa, y erratas, so pena de caer, e incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras cualesquier justicias dellos, guarden y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Mansara, a veinte y seys dias del mes de Junio, de dos mil y diez y nueve años.

YO LA REYNA.

Por mandado de la Reyna nuestra señora
Veremunda Brione.

Testimonio de las Erratas

& ***STE*** *Libro no contiene cosa digna que no corresponda a su original: en testimonio de lo aver correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de las Teólogas Descalzas y Medianamente Arrepentidas de la Universidad de Alcala, en primero de Julio, de .2019. Años.*

La Licenciada Francisca
Valencia de la Torre

POR

Almijara
Barbero
Carvajal

(Un lugar remoto del inhóspito sur, 1989)

Es una escritora, poeta y, si la apuras, hasta dramaturga que irrumpió en el páramo editorial en 2015 y se ha venido arribísima desde entonces. Ganó el Alucinadas II y quedó finalista en el II Premio Ripley, aunque irónicamente no suelen gustarle las segundas partes. Ha publicado cuentos en las revistas MaMut y Supersonic e incluso cometieron la locura de traducirle dos poemas al inglés en Strange Horizons. Siempre anda con la cabeza en cualquier parte, por eso la han atropellado cuatro veces. Para su próxima novela promete escribir una biografía mucho mejor que la presente.

Dedicado a
(usa el teclado predictivo)

Me canso. Cada vez que la historia requiere un orden, una cronología, unos hechos, la pluma pesa y siento la nulidad de mi tarea. No son batallas lo que quiero contar.

LOURDES
ORTÍZ

Urraca

Así lo desconocido dibuja dragones
en los márgenes de los mapas.

LOIS
McMASTER
BUJOLD

Fragmentos de honor

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire cálido, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta del horno.

RAY
BRADBURY

Crónicas marcianas

Libro I

Descendencia

Ni una maldita mota de polvo transluce en el torreón de Arandel. Pasa las manos por cada ladrillo, entre los recovecos, a ras de suelo. Impoluto.

—Madre te enseñó bien.

Se frota los dedos. Hay una abertura en lo alto, demasiado alto.

Recuerda las calles empedradas de ratas del Bajo Baluarte, las estatuas conmemorativas de la plaza del Escudo bombardeadas de mierda de paloma solidificada, los tejados recubiertos de maleza y la pringue aceitosa del río Guano. No, la ciudad nunca brilló por su pulcritud y, sin embargo, extiende los brazos; impoluto.

—¿Estás orgullosa?

Dos años. Dos años encerrada sin haber visto una miserable rata, una cucaracha, un gusano; la podredumbre de una celda. Ahí fuera, quién sabe cuántas veces las mujeres habrán dado a luz un reino, un reino limpio, blanquecino, como cada maldito ladrillo de este torreón, impoluto.

—¿Y tú? Tú, tendrás descendencia.

Imposible, es imposible. Sabe que jamás engendrará una vida. Sonríe, es su única victoria.

—Tu gobierno morirá contigo.

Pero es una victoria efímera, insignificante, apenas una diminuta muesca que los historiadores se encargarán de cubrir con mármol. Los escribas, los juglares, los cronistas todos cincelarán un nombre en el cabo de Finisterre, tu nombre, Urraca, y el destello de tu rúbrica asolará las cinco Españas. Tan larga será tu sombra.

¿Y Elvira? Elvira sin apellido, Elvira el eterno interrogante, un paréntesis en un árbol genealógico. Olvidada, enjaulada en un torreón como una mala bestia de barraca.

—¿Dónde? A quién he de dirigir lo que no se ha escrito.

Está bien, está bien, hermana, será como tú quieres. Escribiré. Cogeré esos pergaminos que tan ufana mandaste traer para mí, para mi entretenimiento, para Elvira, a quien no has honrado con tu presencia en dos años.

*

La luz no incidía de ninguna manera en especial por los cañaverales de Manzora la mañana en la que una masa viscosa apareció arrastrándose lenta, pero constantemente, en dirección a las cuadras; tampoco al viento le dio por silbar entre las hojas de los árboles una canción profética en una lengua tan antigua como las últimas tres sabias repartidas a lo largo y ancho del reino que pudieran descifrarla; ni el mar se irguió en una agitación violenta de las aguas para rebelarse contra la tierra en una titánica batalla que arrasaría el mundo; ni tan siquiera las nubes se agruparon como arrastradas por el movimiento de muñeca de una divinidad enfurecida, desencadenando una tormenta que duraría seiscientos días con sus seiscientas noches.

Nada, de hecho, no ocurrió absolutamente nada extraordinario la fatídica mañana en la que una masa viscosa, informe, verdina y, sin lugar a dudas, insólita se afanaba por alcanzar las cuadras de la residencia de Fernando I, que insistía en ser anunciado ante la corte, preferiblemente acompañado por una fanfarria, como el Magno, el Grande, aunque era más bien conocido como el Consorte, el Esposo de Sancha I, reina de los Reinos Combatientes, que, al contrario de su *bienamado*, se esmeraba por desvincular su nombre de extensos y rimbombantes epítetos ya que, y a decir de Sancha I, «solo indican aquello de lo que se carece», un decir que solía expresar en voz alta, torciendo el gesto hacia el lado opuesto en el que se hallara su marido para no evidenciar con la mirada lo que a menudo evidenciaba con la lengua, y es que Fernando I poseía más títulos que maestría.

Para empezar, el muy noble Tarugo I ignoraba por completo que aquella mañana ordinaria de, tal vez, un lunes, una masa viscosa, informe, verdina, insólita y, a ojos vistas, espeluznante había multiplicado su tamaño lo menos tres veces en el corto trecho que había recorrido desde la linde del mar hasta el límite que separaba las cuadras del exterior, lo que ciertamente no era mucho, puesto que no constituía ni dos centímetros de longitud en el momento en que la sagaz alimaña entró a los establos.

—Eres una buena potrilla, Babieca. —La voz del caballerizo cabrioló en las orejas de la yegua—. Espera y verás —dijo, almohaza en mano—, pronto, muy pronto, tu envergadura emprenderá los campos. —A lo que la yegua

relinchó con un marcado escepticismo—. Y algún día, en serio, que no te rías, mírame, algún día, presta atención, yerto en tu montura, yo, Rodrigo Díaz de Vivar, ceñiré esta espada y juntos, que sí, créeme, yegua testaruda, juntos…

—No me digas que tu espada es su zanahoria.

Rodrigo trastabilló. Apoyado en el marco de la entrada, Alfonso, hijo de Sancha I, el cuarto en la sucesión, sostenía una expresión jocosa ante la imagen del caballerizo que, sin soltar la zanahoria, se humilló frente a él con una inclinación de lo más pomposa.

—Vasallo he —recitó reverencialmente.

La respuesta, si bien no se hizo esperar, se llevó a cabo sin respetar lo más mínimo el código protocolario propio de estas ceremonias. Alfonso, tras prosternarse frente a él, lo tomó de los hombros y lo alzó, rodeándolo por la cintura, para alegar, casi en un susurro, «Señor te guarda», en una postura en la que la boca del uno estaba tan cerca del beso del otro que el prodigio que reptaba alarmantemente en post del tobillo izquierdo de Rodrigo, que se detuvo a ¿olisquear?, ¿salivar?, ¿valorar la magnitud de su presa?, que alargó quizá la parte trasera, quizá la parte delantera, de su cuerpecito de gusano con aspecto de catador, pasó inadvertido para ambos hasta que:

—Ejem, ejem… —una tosecilla se elevó a sus espaldas.

Rodrigo dio un paso atrás, al tiempo que Alfonso se daba la vuelta en actitud reprobatoria y la masa viscosa profería un rugidito de consternación inaudible al ver frustrado su intento de lamer el apetitoso hueso que volvía a colocarse a una distancia, para ella, inconmensurable. De haber estado en posesión de los materiales adecuados para su escucha, se habría oído un «Jo» harto lastimero.

Pero era Urraca, apoyada en el marco de la puerta como antes lo había estado Alfonso, quien los interrumpió. Alfonso, al verla, pareció relajarse, estrechó la mano de Rodrigo, lo besó levemente una última vez y dirigió a su hermana un gesto de barbilla, a lo que Urraca respondió bizqueando un poco, dando lugar a uno de los diálogos mudos que tan famosos harían a los hermanos en boca de la corte; «[…] un tipo de comunicación instintiva, intuitiva, innata; casi taumatúrgica, diría yo», recogería al respecto la legada Cedrella de Castiglione en su *Manzora, una capital: Anotaciones sueltas de los miembros de la realeza en su hábitat natural*.

—¿Otra vez? —inquirió Alfonso.

—Padre —resopló Urraca.

Al parecer, cada tanto, Fernando I convocaba a sus cinco hijos en la sala de la Cultura, donde pretendía instruirlos acerca de la ilustre historia de la dinastía Jimena, de la que él —y, por tanto, pero de manera secundaria, ellos— era digno descendiente.

Sus lecciones se remontaban a la época en que Jimeno, más tarde conocido como el Fuerte, en medio de una cabalgada, se detuvo a dormitar junto al río Irati y soñó un emblema, y una corona, y un puente de piedra caliza que unía dos territorios. Despertó agitado con la rara sensación de contener una fragua en los puños, alzó los brazos y de un solo golpe abrió un cañón que dividió la montaña en una brecha tan profunda que el fluir del río cambió su curso para siempre. Del cañón tomó los pedruscos con los que construyó el puente que el numen de las aguas le había trazado en los ojos del sueño y que, al cabo de nueve días, lo conduciría hacia su reina.

Un hecho bastante improbable que hubiera resultado de lo más entretenido de no ser porque Fernando I era un orador terrible. A duras penas conseguía hilar una idea con la otra. No poseía encantos de juglar, abusaba de la adjetivación y erraba las cronologías. Por no mencionar su mala costumbre de cambiar el orden natural de los verbos en un intento de asemejarse a las estructuras gramaticales de la lengua vasca, una lengua, huelga decir, que jamás habló, puesto que Fernando I, muy pagado de su origen navarro, había vivido toda su infancia y el principio de su pubertad en Castilla, al amparo de su madre, Muniadona I, la abuela Muma para sus nietos, que era en gran parte el motivo por el que los cinco hijos acudían al reclamo de su padre.

La abuela Muma viajaba a Manzora «a sotavento», lo que en su habla particular venía a significar «cuando le daba la real gana». Aparecía de manera impredecible. Tal vez en barco, en burra o en parihuelas a la cabeza de una comitiva de quinientas personas. Allá donde fuera, iba invariablemente acompañada por Remedios, su vaca, que suscitó el interés de más de medio millar de biógrafos por motivos que ahora no vienen al caso. Al contrario que Fernando I, Muma dominaba el vasco y el astur-leonés, chapurreaba el catalán, se defendía en el árabe andalusí —siempre y cuando su defensa consistiera en ganarle una disputa a un infante de no más de cinco años— y cantaba en galaico-portugués.

Fue ella quien enseñó a sus nietos las fabulaciones del linaje navarro, las patrañas de Íñigo I, el Charlatán, las intrigas y los misterios del reinado de Andregoto I de Aragón, la Urdidora, o de como Sancho Garcés III, «el majadero de vuestro abuelo», se le declaró dos veces con súplicas y dos veces fue desdeñado.

Fue ella, también, quien los obligó a prometer que asistirían a las reuniones de su padre; «al fin y al cabo, un rey con público es un rey satisfecho», les había dicho. A cambio, y un poco a regañadientes, la abuela Muma se comprometió a visitarlos con más asiduidad de lo que le gustaba frecuentar la capital. «¿Acaso cobráis impuestos por sucios?», se la oyó recriminar, esgrimiendo un paño al aire durante un paseo por el mercado de las hortalizas, a su nuera, la reina, a la que admiraba casi o más de lo que se admiraba a sí misma.

Tanto era así, que a menudo se hallaba enfrascada en el interrogante de por qué Sancha había escogido a Fernando, de entre sus cuatro hijos, como esposo. Para Muma, fue uno de esos enigmas recurrentes que la mantuvieron despierta hasta altas horas de la noche en los tiempos del olvido y que jamás resolvió. No podía evitar preguntarse cómo es que el queridísimo botarate de su hijo había dado con tal ventura cuando los observaba, uno junto a la otra, en la sede de los tronos. Incluso el día en el que Sancha se presentó, con el ímpetu de la juventud, en la corte de Pamplona y exigió audiencia con sus majestades Muniadona I y Sancho Garcés III para pedir en mano a uno de sus hijos, Muma no pudo ni intuir el desenlace de aquella propuesta.

—Heme aquí —exclamó Sancha, como si estuviera escrito que exclamarle a la realeza hubiera sido en algún tiempo, en alguna parte, en la extensa historia de la humanidad, una buena idea—, para contraer matrimonio con uno de vuestros vástagos —¡Vástagos!, cuatro hijos con sus cuatro nombres y sus correspondientes títulos y se atrevió a llamarlos ¡vástagos!—, uniendo así el franco condado de Castilla con el reino de León en una alianza que habrá de durar lo que el Sol en extinguirse.

No se inclinó, no hubo plegaria ni un atisbo de ruego en su voz, solo una insolencia tras otra, con lo que se ganó el favor inmediato de la reina.

—Maldita niña desvergonzada —rugió Muniadona—. ¡Llamad a mis hijos.

Fernando, García, Gonzalo y Jimena se personaron en la audiencia tan

pronto se los solicitó y permanecieron en silencio mientras Sancha deliberaba. García era robusto, zalamero y ambicioso, hábil con las palabras y diestro con el arco; Gonzalo tocaba la zanfoña al igual que la lluvia lo hacía en el mar en tiempos de tormenta, cual fenómeno de la naturaleza, y era esbelto y leído, más bien rubio, como su padre; Jimena había demostrado soltura con las cuentas y los planos urbanísticos, resolvía complejos problemas matemáticos con suma rapidez y poseía una capacidad dialéctica tan profusa como los rizos que caían por su espesa cabellera; y Fernando, Fernando era… el menor de tres hermanos formidables, ni más apuesto que la mayoría ni menos despierto, hablador cuando se le pedía hablar y silencioso cuando se le pedía callar, el primero, suponía Muma, en ser desechado por Sancha que, tras largo rato de reflexión, solicitó cinco días, cuatro de los cuales, dijo, los pasaría con cada uno de los aspirantes.

Nadie, salvo ellos mismos, sabe qué ocurrió durante dichas jornadas. Llegado el quinto día se repitió la audiencia y, para asombro de damas, cortesanos, pajes, doncellas y Remedios, la vaca, Sancha pidió en matrimonio a Fernando. Ante aquello, Muma, que solía jactarse de reconocer la agudeza cuando la veía, y resultaba evidente que Sancha poseía un ingenio fuera de lo común, hubo de confesar que la jugada se le escapó tan por completo que abrió la boca estúpidamente y pareció mugir en el momento en que Sancha entrelazó su mano con la de Fernando, llegando incluso a cuestionar la perspicacia de su futura nuera.

Con el tiempo, admitió que las estrategias de la juventud pertenecen a la generación de la que cada quien forma parte y ella, ciertamente, había envejecido, de tal manera que dichas maniobras se le antojaban ajenas, pues el suyo terminó siendo un matrimonio bienavenido que le dio cinco nietos estupendos que se dirigían ahora hacia la sala de la Cultura para recibir monsergas de su padre con la esperanza de que la abuela Muma se hubiera dejado caer por Manzora aquel día y asistiera a la lección para narrarles las extraordinarias expediciones marinas que se sucedieron durante la regencia de Onecca Rebella de Sagüensa, la Cazatesoros.

Alfonso, en los establos, siguió a Urraca en el camino hacia el castillo mientras Rodrigo volvía a sus labores, recogía esto por aquí, sacudía aquello por allá, trenzaba primorosamente la crin de los caballos, reponía el heno,

llenaba de agua los cubos y ¿tropezaba con un moco gigante? Quizá un esputo o vómitos. Fuera lo que fuese, podía jurar que nunca antes había visto salir nada que tuviera aquel aspecto de un animal. «Qué extraño», pensó, y se agachó para examinarlo más de cerca cuando el moco gigante/esputo/vómito se movió soltando algo así como un ronroneo.

—Oh, pero qué clase de —¿Ser?, ¿abominación?, ¿¡bicho no identificado potencialmente peligroso!? Son algunos de los calificativos que Rodrigo podría haber utilizado en este instante para denominarla, en lugar de— … cosita eres tú.

Cosita, así es, así dijo, así quedará registrado en los anales de la *Real historia de los hechos de España*, Rodrigo Díaz de Vivar miró cara a cara al adalid de su destino y lo llamó *cosita*, y Cosita pareció impacientarse. Es más, Cosita, aprovechando la inmediación voluntaria de Rodrigo, se apresuró en una carrera vertiginosa que provocó que se adelantara apenas medio centímetro en varios minutos lo que, por una parte, confirmó que la velocidad de algunas especies no es proporcional al ardor de su anhelo y, por otra, despertó una notable ternura en Rodrigo que, viéndola temblar desaforadamente en su dirección, soltó un suspirito y, el muy insensato, alargó el brazo para tocarla.

Entonces el fuego-sonido que precede a la luz de un milagro intervino en la escena rodeado de un coro celestial para gritar:

—¡Detente.

[CORO CELESTIAL:
¡Detente!, ¡detente!, ¡detente!]

Aunque, como sucede siempre que alguien grita «¡detente!», ya era demasiado tarde para detener nada. Un hormigueo recorrió el sistema nervioso de Rodrigo al entrar en contacto con la masa. Se sorprendió, no dolía, incluso resultaba un pelín agradable en ciertas zonas. No entendía a qué venían tantos gritos acompañados de segundas y terceras voces en una polifonía mística perfecta hasta que le surgió una bruñida barba donde antes no había más que pelusa y piel, festoneada por un espeso bigote y una pelambre que le enzarzaba el pecho, los brazos y la espalda. También su pelo, teñido ahora de un negro con reflejos azules, creció enmarañándose hasta pasar la altura de sus hombros. Su torso, que había sido más bien escuálido, duplicó su anchura, su barriga se tersó más lustrosa que el bronce y más dura

que el hierro, sus piernas y sus brazos se irguieron cual dos columnas sujetas por el arco de su cintura y su talla, ah, su talla… no percibió ningún cambio aparente, porque la conexión se detuvo a causa de ese alguien que había gritado «¡detente!» hacía unos segundos y a quien Rodrigo había desoído.

Ese alguien, fulgor de mil albores, envuelta en un alud aureolado, ribeteada de majestuosidad, era Geperudeta, Mare de Déu dels Desamparats, la Virgen de los Inocentes, Mártires y Desamparados, de quien Rodrigo no había oído una sola palabra, lo que no es de extrañar, pues no correspondía a su siglo.

—Necio, ¿no te he dicho que te detuvieras? —La masa, en sus manos, había adquirido un candor centelleante.

[CORO CELESTIAL:

El dulce Rodrigo a la voz de los dioses desobedeció
y nuestra señora de los milagros, su advocación,
su ira en un arrebato de cólera prendió.]

Rodrigo se habría mostrado más receptivo y, decididamente, temeroso frente a la aparición divina, de no ser porque su cuerpo se desinflaba por partes recuperando su tamaño habitual. En pocos segundos, había imaginado una gloria que ahora se le desvanecía en la punta de los dedos.

De madre cocinera y padre desconocido, Rodrigo no aspiraba a medrar más que a caballerizo. Con suerte —últimamente había fantaseado con la idea —, a paje de cámara de Alfonso, si es que este no lo había desdeñado para entonces… Siempre había sido demasiado canijo para optar a escudero, no digamos caballero. De hecho, su posición actual se debía más a la influencia de Urraca que a sus méritos propios para obtenerla. Ella había velado por él desde el día en el que lo conoció.

A la niña Urraca le gustaba jugar con los hijos del servicio. A menudo abandonaba el interior del castillo en busca de esa clase de diversiones; solía cambiar sus ropas y hacerse pasar por la hija de un labriego, colarse en los corrales, trepar a los árboles, intercambiar chismes e ir a la guerra con palos de madera.

Rodrigo, por su parte, agazapado en un rincón de las despensas, se las ingeniaba para rehuir la supervisión de su madre, Anacleta Díaz, ayudante de cocina en las cocinas de la reina, para merodear intramuros del castillo e

inventar una clase de vida que jamás se ajustaría a la suya.

Que ambos se encontraran en sus idas y venidas fue cuestión de tiempo. Una tarde, Rodrigo descansaba echado al tronco de un castaño cuando Urraca pasó junto a él, y tan poca cosa lo supuso que temió que se tratara de un enfermo que había ido a desfallecer allí, hasta que lo oyó musitar, provocándole un sobresalto.

—Eh, tú —lo increpó—, ¿es que no te dan de comer?

Desde que le alcanzaba la memoria, Rodrigo era todo carne pegada a los huesos. A la hora de las comidas, los repartidores del servicio lo contemplaban con alguna clase de lástima asociada a su delgadez que los llevaba a engrosar su ración y hasta doblarla las más de las veces. Los panaderos, si lo veían a la zaga de una ratilla o bichejo cerca de los fogones, le llenaban la boca de migas y dulces. Su propia madre, con la tenacidad de quien tiempo atrás ha padecido la pobreza, lo cebaba con tocinos, cuajadas y pucheros. Sin embargo, Rodrigo no engordaba, la comida sencillamente se desaparecía en su estómago.

Así se lo contó a Urraca, con alguna que otra gracia por el camino, licencias poéticas y puede que un par de duelos a espada en los que él fue protagonista y vencedor. Ella atendió a su historia en vilo, se rio de sus disparates y disfrutó de su compañía; charlaron, volvieron a encontrarse en días posteriores y rápidamente se hicieron amigos. Después llegó Alfonso.

Sí, visto de aquella forma, en orden y con detenimiento, ese era él, la mascota de Urraca, la mascota de Alfonso y no…

—Muchacho, más te valdría prestarme atención cuando te hablo. —De repente un fogonazo estalló a su alrededor.

[CORO CELESTIAL:
La Virgen se está inquietando
se está inquietando,
se está inquietando,
y el heno en los establos se está quemando,
se está quemando,
se está quemando.]

Solo un estúpido —o el héroe de un cantar épico— elegiría la escena de la aparición mariana para ponerse a divagar sobre sí mismo. «Más tarde, se preguntará por qué los dioses lo maldicen», pensó Geperudeta mientras

Rodrigo, espantado, corría de un lado a otro para sofocar el fuego, tropezaba con una de las cubetas y se levantaba medio mojado, medio embarrado repitiendo «ay, lo siento, lo siento, yo no quería…, ay, lo siento, lo siento…».

«Por todas las Marías, y este habrá de conquistar Valencia», pensó, con sorna, la Virgen, que se lamentaba como solo una estúpida —o una divinidad enviada a ayudar al héroe de un cantar épico a dirigir su sino— lo haría por haber tenido la mala suerte de sacar, de entre todas las advocaciones, la pajita más corta.

En fin, se dijo, y con un movimiento de pestañas disipó las llamas.

—Ven, acércate, Rodrigo Díaz de Vivar, y escucha. Has sido bendecido por el Flurmiflurxosirruticletoide para honrar.

—Perdón, ¿el qué?

A Geperudeta los ángeles del mundo ultraterreno le habían contado que las gentes del siglo XI vivían temerosas de dios, que su actitud ante la venida de un ser celestial se deshacía en reverencias, que incluso te consagraban ofrendas como pastelas o leche de burra. ¿Se había creado expectativas de devoción? Puede que un poco. ¿Gratitud? Tal vez. ¿Veneración? Sin duda. Lo que no entraba en sus planes, lo que ni sospechaba, era tamaña falta de respeto.

Al humillo de cólera que se cernía sobre Geperudeta, se unió el humillo de cólera del coro celestial, pues Rodrigo no solo había osado interrumpir a la Virgen, también le había pisado su entrada al coro, motivo por el cual las coristas, y especialmente la soprano, le dedicaron un gesto de afrenta tan impropio de una deidad que el decoro se impone para impedir la descripción del mismo.

La Virgen aspiró, espiró y se armó de paciencia.

—Flurmiflurxosirruticletoide, el hacedor de universos, la rueda que hace girar al mundo, la luz-materia que se desliza en los cuerpos y les infunde vida —clamó, alzando a la masa por encima de todas las cosas.

[CORO CELESTIAL:

O Fortuna
velut luna,
statu variabilis
semper crecis
aut

decrecis[1].]

—¿Cosita?

Ja, por ahí no iba a pasar.

—¡Flurmiflurxosirruticletoide! —vociferó.

[CORO CELESTIAL:

Sors immanis
et inanis,
rota tu volubilis,
status malus[2].]

—¿Flurflur, entonces? —sugirió él.

Se acabó. Es intolerable.

Y estaba Geperudeta juntando en una mano las nubes y la tormenta de la que extraería el trueno para partirlo en dos cuando Flurmiflurxosirruticletoide le vibró en la otra. «Pero, pero, es ridículo, oh, Ilustre Magnificencia, Soberano del Orden, Escarnio y Alabanza de la Fe», le replicó Geperudeta, a lo que la masa vibró con perseverancia, porque si es posible a la imaginación que una criatura sin ojos hiciera chiribitas, el flurflur las hizo, y muchas, en dirección a Rodrigo.

—Flurflur, entonces —refunfuñó la Virgen—. Es lo de menos, la verdad. Tampoco es que tenga alguna importancia. A fin de cuentas, no he venido a este mundo para debatir nomenclaturas con un impúber —declaró, con un deje de resentimiento, más para sí misma que para Rodrigo—. Ahora atiende, Rodrigo, el que será el Campeador, porque Flurflur, emisario de Nuestra Señora, que es una y cientas, te ha escogido como paladín para batallar en el sacro nombre de María Madre.

»Tuyo es —le tendió a Flurflur— en adelante, para combatir a los infieles. Habrás de llevarlo siempre contigo y usarlo con prudencia, pues Flurflur te dotará de inconcebibles poderes, sí, pero al mismo tiempo absorberá el…, el…, este, cómo se decía en términos medievales… —Dirigió una mirada al coro celestial, del que una corista salió empujada por el resto para socorrerla, se tendió junto a ella, le sopló algo al oído y regresó con premura a su puesto —. ¡Eso!, el flujo de tus humores, con lo que un abuso podría suponerte la muerte.

»Uhm, a ese respecto, te aconsejo que lo guardes en una faltriquera de tela

basta atada al cinto, como esta —hizo aparecer una faltriquera con ornamentos florales junto a los pies de Rodrigo—, y que evites en la medida de lo posible que salga a husmear por ahí. A ti podría llegar a consumirte si te expones demasiado o pierdes el control, a cualquier otra persona la liquidaría en el acto. Por no hablar de los comentarios que ocasionaría dicho acontecimiento… En definitiva, que no curiosee —insistió, y parecía que ya iba a marcharse cuando una corista como un proyectil se estrelló contra su mejilla, se irguió pidiendo disculpas, le indicó algo y volvió con el resto dedicándole una cara de disgusto a sus compañeras—. Ah, claro, claro, y no te olvides de alimentarlo —se apresuró a añadir.

»No alcanza más de cinco centímetros, así que no te preocupes por la sobrealimentación, no sobrepasará ese límite. De hecho, te recomiendo atiborrarlo, se le embotarán los sentidos y dormirá la mayor parte del tiempo; de otra manera, tiende a ser bastante cascarrabias y, créeme —abrió considerablemente las vocales—, no te convendría enfadarlo; la magnitud de sus berrinches ha generado toda clase de catástrofes. «Hacer de las suyas» —expresó con cierto retintín—, así lo llama Nuestra Señora y Santa Madre, la Bendita entre las benditas.

Rodrigo, llegado a este punto, tenía multitud de preguntas, por ejemplo, ¿de qué se alimentaba?, ¿por qué me escogió a mí?, ¿bebía líquidos?, ¿por qué me escogió a mí?, ¿cuál era la línea exacta que separaba el uso del abuso?, ¿por qué me escogió a mí?, ¿podría mostrárselo a Urraca?, ¿a Alfonso? y, maldita sea, ¿¡por qué me escogió a mí!?, pero la Virgen no mostraba un particular interés ni en ceder la palabra, ni en hinchar su ego.

—Bien, bien, dicho todo esto, escoge un caballo.

[CORO CELESTIAL,

la contralto le dio un codazo a la mezzo que se lo dio a la de al lado y así sucesivamente hasta que las coristas salieron de su letargo, se miraron las unas a las otras, se encogieron de hombros, negaron con la cabeza y un eco de grillos reverberó en el aire, porque ninguna se había enterado muy bien de nada. La soprano expuso una idea, las demás asintieron. Un biombo surgió frente a ellas, se agruparon tras

él. De repente, silencio absoluto. El biombo cayó. Habían levantado un tablao flamenco. La soprano, con vestido de lunares, taconeaba mientras las demás, en corro, palmeaban, caracoleaban las castañuelas o aporreaban la caja.]

Geperudeta, ante tal espectáculo, bufó y torció el rostro mascullando un «lamentable».

—Pero, ¿puedo hacer una pregunta? —espetó Rodrigo.

—¡Escoge un caballo, he dicho! Luego, las preguntas.

[CORO CELESTIAL:

Rueda, rueda,
escoge al caballo,
gira, gira,
del galope alado,
rueda, rueda,
escoge a la yegua,
gira, gira,
de la montura férrea.]

Rodrigo fue directo a la cuadra de Babieca, le abrió la puertecilla y la acarició.

—La quiero a ella.

—¿Seguro? —Geperudeta elevó una ceja—. No sé, no sé, se ve un poco enclenque. —Señaló al fondo—: Aquel percherón de la esquina tiene mejor pinta. ¿No te gusta?

[CORO CELESTIAL:], ah, no, esta vez no, Geperudeta se adelantó al estruendo de la música.

—Basta —las amonestó—, he tenido suficiente. Marchaos.

El coro celestial se desvaneció en una bruma de la que manó una sarta de abucheos y una imprecación a muchas voces que terminó con una advertencia, algo sobre una demanda, el Sindicato de Coristas Celestiales y la violación del artículo 2.2 según el Divino Decreto 111/0 de la orden del 14 de junio.

—Virgen Santa, qué liberación. —Se masajeó las sienes durante unos segundos y se dirigió a Rodrigo de nuevo—. ¿Y bien? Por dónde íbamos.

—Babieca, elijo a Babieca —contestó Rodrigo, decidido.

—Jum, no pareces entender tu situación, chico, pero si así lo deseas…

Geperudeta se alzó sobre la yegua, vertió unas gotas de agua y Babieca, de una manera similar a la de Rodrigo al contacto del flurflur, multiplicó su envergadura. Levantó las patas delanteras, relinchó y su relincho provocó que los pájaros de Manzora sobrevolaran los cielos enloquecidos y las ardillas, aterradas, se escondieran en sus agujeros. La trenza de su crin, de golpe, se destrenzó en una policromía de rosas y azules, al igual que su cola, que se mecía relumbrante al movimiento. En la testa le nació un cuerno cortante y con brillos plateados. Su pelaje, gris, se moteó de blanco y en uno de los laterales del muslo dos siluetas refulgían como tatuadas en su piel.

—Increíble —la admiración de Rodrigo era tal que ni se atrevía a mirarla —. ¿Es… es imperecedero?

«Al fin, entusiasmo y tartamudeo», se felicitó Geperudeta, que supuso —mal— que el apocamiento de Rodrigo al hacerle la pregunta se debía al asombro del milagro que ella había obrado y no a la estupefacción que este experimentaba hacia la imagen de Babieca, que ciertamente lo había noqueado.

—Hasta el día de su muerte, sí.

—¿Ves?, jamelga tozuda —Rodrigo cambió su tono de voz a ese registro propio de los seres humanos estrictamente reservado a los animales con los que se comparte un vínculo—, te lo dije. —Y le rascó el hocico.

—¿Lo consideras impresionante, Rodrigo Díaz de Vivar? —fanfarroneó la Virgen.

Rodrigo asintió hasta casi descoyuntarse el cuello.

—Pues eso no es nada, deberías ver cómo cabalga —dijo, sugerente—. Para que te hagas una idea, alcanza una velocidad que haría brotar los árboles de sus semillas, caer los frutos de sus ramas y mudar a otoño las primaveras del torbellino que forma su carrera.

Aunque ni subido a un bloque de madera hubiera obtenido la suficiente altura para montarla, Rodrigo ansiaba hacerlo. Incluso Babieca se revolvía con avidez, ora un trote, ora otro, por probarse a sí misma.

—Tal vez una comprobación para atestiguar su prodigio resultaría adecuada, es decir, si te esmeras en pedirlo con educación —apostilló Geperudeta.

Rodrigo se hincó de hinojos, bajó la cabeza hasta casi tocar el suelo con la frente y juntando las dos manos en actitud implorante recitó:

—Oh, loada Madre, deleite de los ojos, bienaventurados sean los que admiran tus proezas, pues gloria es tu semblante y maravilla tus ingenios, ten a bien agraciar a tu siervo que, no siendo digno ni de besar la sombra de los pies de tu divina presencia, te ruega le concedas este favor.

Si obviaba el hecho de que la había tuteado, como plegaria no andaba desencaminado. Si entornaba la puerta del pensamiento que la conducía al hecho de que aquello lo hacía por un corcel y no por una auténtica devoción hacia ella, en cambio…, pero era mejor no abrir esa puerta.

—De acuerdo, pues. Prepárate.

¡PUM! Se transportaron a una vasta llanura de terruño seco donde solo rastrojos y malas hierbas ocupaban lo que la vista alcanzaba a ver.

—Dónde estamos —preguntó Rodrigo con asombro.

—Qué importa —atajó la Virgen—. Antes que nada, has de saber que si cabalgaras a Babieca con ese cuerpo —la mirada que le dedicó fue severa—, te desintegrarías, por la velocidad. Procura que nadie, salvo tú, la monte. ¿Lo has entendido? —Rodrigo asintió, quién sabe si por entendimiento o por costumbre—. Estupendo. Ponte ahí, no, un poco a la izquierda, eso es. —Y entonces su gesto y su tono adquirieron una grave solemnidad—: Yo, Geperudeta, Mare de Déu dels Desamparats, la Virgen de los Inocentes, Mártires y Desamparados, te encomiendo a ti, Rodrigo Díaz de Vivar, a Flurmiflurxosirruticletoide, en adelante, Flurflur. —Un haz de luz cayó sobre ellos y Geperudeta se arrepintió momentáneamente de haber echado al coro celestial, que le habría conferido el dramatismo adecuado al acto de entrega —. Úsalo con sabiduría.

Rodrigo se adelantó, tomó al Flurflur en la palma de la mano y lo dejó ascender por el brazo hasta el hombro mientras se iba transformando en el héroe titánico que habría de ser. Sus ropas, que por dos veces habían constreñido a su nueva forma, terminaron de deshilacharse dejándolo semidesnudo. De un salto, montó a Babieca.

—Espera —lo sujetó la Virgen—, no te precipites. ¿El risco? —Apuntó con el brazo a un peñasco que, a pesar de encontrarse a una distancia considerable, Rodrigo pudo atisbar—. Rodéalo y retorna.

En cuanto Geperudeta lo soltó, Rodrigo se agarró a la crin de Babieca, que

cogió impulso y aceleró, y sus figuras se difuminaron al viento y relumbraron como un destello de color violáceo que atravesaba el espacio en un pestañeo. Los cascos retumbaban con tal fiereza que el suelo se agrietaba a su paso. La polvareda, tras ellos, era una tormenta de arena en el desierto.

A Rodrigo la velocidad se le subió a la boca en forma de carcajada, tras lo cual debió de subírsele a la cabeza, porque se supo tan imparable que perforó el risco que tenía que rodear con un choque y siguió cabalgando hacia delante en una estampida de piedras.

«Ya estamos», gruñó Geperudeta, que se elevó unos centímetros, voló más rápido de lo que se ha escrito esta frase y, una vez junto a Rodrigo, hizo aquello que debió haber hecho desde el principio, cerró el puño y le partió la cara. Rodrigo, al impacto, salió despedido de Babieca, rodó por la tierra varios metros y solo se detuvo porque la ley de la fricción se tomó la molestia de ayudarlo.

La Virgen, preguntándose qué sería más elevado, si el porcentaje de irritabilidad o el de estupidez en un adolescente, le gritó:

—Por todas las Marías, ¡qué te impide obedecer una orden, mocoso!

Le arrancó al flurflur de encima, que se despegó de él con un sonido de ventosa, y lo guardó en la faltriquera, a la que le dedicó una leve sonrisa por lo encantadoramente hermosa que le había quedado. «Sí», pensó, «definitivamente, tejer, cuando me jubile me dedicaré a tejer». Rodrigo, por su parte, se deshinchó. Quitando lo sucio, y que de semidesnudo había pasado a desnudo al completo, no mostraba signo de dolencia ni daño alguno.

—Tu imbecilidad merece que te abandone al desamparo —le reprochó Geperudeta.

—Eres la Virgen de los Desamparados, ¿no sería eso contradictorio? —le recriminó.

—¿¡Crees que te conviene señalar contradicciones!? —El eco de su voz se desplegó a lo largo de la llanura.

Rodrigo se calló, entornó los ojos y puso cara de disculpa. La verdad es que no le convenía mucho, no.

¡PUM!

De vuelta en los establos, Rodrigo aprovechó para resquebrajar un saco de heno y envolverse con los jirones, cubriendo sin mucho éxito las partes nobles. Geperudeta, bastante harta ya de sus torpezas, lo proveyó de ropajes y

le proporcionó, en un alarde de amabilidad extrema, una loriga amoratada con un estampado de oropéndolas, a conjunto con los colores de Babieca. De haber estado presente el coro celestial, habría incidido acertadamente en que, si bien los estampados escogidos por la Virgen hubieran causado sensación en la estrafalaria moda victoriana de mediados del siglo XIX, para el siglo XI español, en cambio, no suponía más que una extravagancia.

—Bueno, pues eso es todo.

Entonces el fuego-sonido que precede a la luz de un milagro… fue abruptamente interrumpido.

—¡Espera! No te vayas, me gustaría que respondieras a unas cuestiones.

—Ah, ya, te gustaría, ¿eh? ¿Sabes lo que me gustaría a mí? Me gustaría marcharme —sentenció.

—Pero dijiste «y, luego, las preguntas» —replicó Rodrigo.

—Y tú que regresarías tras rodear el risco, ¿recuerdas? A veces las personas no cumplen lo que prometen, ¿verdad? —reprochó—. No obstante —chascó los dedos—, ahí tienes, las instrucciones. Que te diviertas.

Rodrigo introdujo la mano en la faltriquera donde súbitamente había aparecido un rollo de pergamino, lo pescó, con cuidado de no rozar al flurflur, y lo desenrolló. Lo observó. Lo tendió en el aire. Miró a la Virgen.

—Pero no sé leer —adujo.

—Supongo que es un problema —coincidió Geperudeta que, tras la intervención en la escena del fuego-sonido que precede a la luz de un milagro, desapareció, sin más.

La vida, fuera de los establos, bullía. Las gentes, atareadas en sus quehaceres, cruzaban el patio de acá para allá, Miau Pruprú III, oculta tras un zarzal, se lamía la zarpa fingiendo que el olor de los pichones salpicados de mermeladas que desprendían las cocinas no le concernían en absoluto, Urraca y Alfonso, enredados en una conversación animada, sorteaban la entrada del castillo mientras que, junto a la armería, Sancho, el segundo de los cinco hermanos, conocido como la Otra Mitad, el Simpático, el de la Gran Personalidad, ajeno al mandoble estridente del acero contra el acero, se escabullía para tenderse en la barbacana y darle la espalda a la algarabía de sucesos que conformaban el día.

Sin duda, supuso, un paje o una doncella lo andarían buscando

apresuradísimos en su labor de dar con el único hijo de la reina que nunca estaba donde debía estar. A cada uno de los cinco herederos se lo instruía en las funciones del futuro cargo que habría de ocupar y estaba testamentado que él, Sancho, además de rey, señor y caballero, habría de ser la espalda y la sombra de Urraca, un cargo que cumpliría con honor, ya que no con gusto, pues las ambiciones de Sancho se situaban en el extremo opuesto de la conquista humana, la erudición.

De los pares extranjeros habían llegado los rumores a la corte manzoreña de que, tras los límites de las muy majestuosas Españas, las escuelas dedicadas a las artes liberales se amontonaban y multiplicaban en Bolonia y Bretaña; «Universidades», así las llamaban, le había confiado Clémentine Bourdeu tras su expedición a Roma, quien también le había entregado para su regocijo dibujos de una serie de objetos que medían el tiempo, indicaban la orientación e, incluso, leían coordenadas en los cielos; tratados que versaban sobre novedades en el estudio del funcionamiento del cuerpo humano, la transmutación de los metales en oro o elixires que eliminaban las impurezas; manuscritos de fábulas que relataban las historias de pobres mercaderes atrapados en palacios de cristal, genios malignos que retorcían el deseo de sus poseedores para causarles todo tipo de calamidades o mujeres travestidas que cabalgaban el desierto, levantaban pasiones en las muchachas y cercenaban las cabezas de sus enemigos.

Por lo que le habían contado, el germen del saber se había extendido en las itálicas, reuniendo a doctas y letrados en una efervescencia a puertas cerradas que unía a las voces más expertas con el atrevimiento de ideas no acordonadas por la fe.

Sancho había procurado que las mil maravillas en las que incurría el conocimiento de su época llegaran a oídos de su madre y él mismo se presentó voluntario para visitar aquellas escuelas que se habían escindido del ámbito monacal para ilustrar a la nobleza en las vías de la oratoria y la lógica, la gramática y los números, la música y las estrellas.

—Las tierras más allá de tus dominios están cambiando y Manzora, mientras tanto, se pudre como el agua estancada en los abrevaderos, y un agua contaminada, madre, mata, tú lo sabes. Déjame ir, deja que traiga la prosperidad a esta España —le había rogado.

Como respuesta, Sancha le prometió que lo consideraría y así lo hizo.

Debatió los pormenores con Fernando y envió una compañía, liderada por Olaya Ordóñez, que habría de comenzar en la taifa de Granada, ascender hasta la taifa de Toledo y, desde ahí, partir hacia Damasco recorriendo en su itinerario las capitales de los grandes reinos extranjeros donde se recogerían los detalles acerca de su cultura, historia, costumbres y avances en informes remitidos a su majestad, la reina Sancha I, que, el día que despidió a Olaya Ordóñez entre pompa, aplausos y ovaciones, no imaginaba que, a su regreso a Manzora, la ciudad entera habría cambiado y no precisamente por aquellos documentos que la legada redactó tan prolijamente allá donde estuvo y que, tras su partida, fueron llegando en periodos de tiempo irregulares.

—¿¡Olaya Ordóñez!? —prorrumpió Sancho ante la resolución de su madre—. Por qué —reclamó—, no había nadie más cualificado que yo.

Sancha había creído que su hijo, en parte, se alegraría de la decisión, ya que, si bien no emprendería el viaje, al menos su propuesta había sido consentida, lo que en sí mismo constituía un alto privilegio. Sin embargo, se equivocó de medio a medio como solo solía cuando se trataba de Sancho, en quien siempre quiso ver el reflejo de su imagen, siendo ese, con mucho, el primero de los errores que cometió en el transcurso de su educación.

Tal vez lo favoreció así por la manera en la que le había nacido, *cum macula*. Fabila Fenoy, la matrona que asistió al parto, lo describió con sumo pesar en *Linaje, genealogía de un reino* como «[…], un vigoroso y prominente bebé, de espléndida naturaleza, a no ser por la monstruosa protuberancia que se le realza sobre la comisura del labio superior».

—Supersticiones —despachó Sancha que, pese a no rechazar la fe, tampoco la compartía y tendía a adoptar una actitud de descreimiento reservado frente a esos menesteres.

La «monstruosa protuberancia» que había señalado Fabila no era más que un pequeño lunar que lo distinguía de cualquiera, que relucía a ojos de su madre como una preciosidad encantadora. Tanta lindeza despertó en ella su mancha que, al descubrir por primera vez a su hijo en el regazo, lo reconoció por su propio nombre, «Sancho», para que portara con orgullo la pureza de su sangre.

Aquel parto, además, resultó ser una bendición doble, pues tras los berridos de Sancho resonaron los de un retoño inesperado que, en palabras de la misma Fabila, «Pareciera que Dios ha querido recompensar a la otra mitad

nacida con una inocencia entera, puesto que la segunda criatura, sana y exultante, viene al mundo pura de pies a cabeza. Digna heredera de su prole»; Elvira, la Otra Mitad, la Íntegra, la Preclara, que compartió el moisés con Sancho, la teta y la inquietud.

Quién sabe cuál de los dos le pegó la curiosidad al otro, el hecho indiscutible es que habían crecido ensimismados en la lectura. Griego, latín, hebreo, árabe; tanto Sancho como Elvira habían aprendido a descifrar los signos de otras lenguas por escrito, sin magisterio y a muy temprana edad.

Quizá el compartir placenta estrechó un vínculo sobrenatural entre ambos, porque lo que pensaba la una, lo decía el otro en voz alta; lo estudiado por uno, era aprendido por la otra; no terminaba ella de leerse el capítulo último de una epopeya cuando él se aprestaba a comenzarla. No hubo jamás dos voces mejor acompasadas, dos pares de manos mejor dispuestas ni dos lenguas más elocuentes en la corte que las de Sancho y Elvira.

Sus curiosidades, por demás, no parecían conocer límite y se esparcieron de tal manera que la biblioteca del castillo, antaño un cubículo con unos pocos anaqueles, aumentó sus dependencias hasta llegar a ocupar una segunda planta. La abuela Muma, sorprendida por los visos de sapiencia de poco menos que un par de lactantes, hizo trasladar a varios de los amanuenses y traductores más reconocidos de su propio reino y edificó un *scriptorium* anexionado a las faldas del castillo únicamente dedicado a saciar la voracidad de sus nietos.

Pronto, la fama de los mellizos transcendió la corte y numerosos sabios, de entre los cuales se cuentan a Rigoberta y Ramiro Raimúndez, visitaron el castillo para constatar que las hablillas referidas a Elvira y Sancho eran ciertas. Durante un tiempo fueron objeto de examen y, al final, la nobleza al completo los alabó. Hubo, incluso, quien expresó —en un bisbiseo apagado que se extingue con tal rapidez que resulta hasta complicado oírlo con claridad para dejarlo por escrito— que la primogenitura debía torcer su línea natural y recaer sobre ellos.

Años después, en lo que fue considerado un devaneo de pubertad, volvieron a despertar la sorpresa en todo el reino cuando se desveló que Elvira, quien, además de leer, gustaba de improvisar algunos versos de vez en cuando, había inaugurado el mercado anónimo de poemas épicos subidos de tono que llegó a constituir casi una institución —ilícita— en Manzora. *Lanza*

indómita o *La misteriosa Diana en el molino* fueron títulos que recorrieron las manos —y el pudor arrebolado en las mejillas— de damas y cortesanos cuya autoría se refirió a su pluma, siendo Sancho el distribuidor principal de las obras.

Ambos todavía seguían pagando en castigos la riña de aquel entuerto. Les habían duplicado las horas de entrenamiento procurando separarles los turnos de forma que no coincidiesen en sus tareas. Tareas de las que Sancho solía escabullirse como aquel día, tendido en la barbacana, cuando la misma doncella que hacía un rato había entrado en la biblioteca irrumpiendo en el divertimento de Elvira, que apenas disimulaba las risotadas mientras leía los jocosos comentarios que la oradora romana Carfania le había escupido a Valerio Máximo en defensa de una acusación dirigida a un tercero, le comunicó que su padre, Fernando I, requería su presencia en la sala de la Cultura.

Lo primero, se dijo Rodrigo, era dar con alguien que descifrara, uhm, ¿cómo había dicho la Virgen?, ah, «las instrucciones» —significase eso lo que significase— descritas en el rollo de pergamino. A ese respecto, su problema principal residía en que las únicas dos personas que conocía que hubieran podido revelarle el contenido del susodicho, Alfonso y Urraca, se hallaban ocupadas en asuntos regios.

Por otra parte, desvió la mirada, Babieca, pese a que no era solicitada por ningún miembro del castillo para montar debido a su anterior raquitismo, tras la intervención mariana no pasaba, precisamente, desapercibida. Bastaba un simple avistamiento en las cuadras para reparar en su gigantesca peculiaridad.

Para colmo, si es que con eso no había demasiado, las dos opciones de vestimenta que tenía a mano iban desde una loriga con un estampado de oropéndolas emprendiendo el vuelo bañadas en distintas tonalidades de púrpura con un fondo metálico amoratado, a unos ropajes que dudaba supiera ponerse, de una tela escandalosamente suave, aunque llamativa.

Bien, dadas las circunstancias, concluyó, podía o elaborar una serie de tretas para las cuales no poseía el suficiente ingenio, ocultar a Babieca y mantener la discreción mientras procuraba resolver el enigma del pergamino o atravesar el patio, cruzar el portón y cabalgar tan lejos como le cupiera el ánimo bajo su nueva identidad en una exhibición deslumbrante de la que

incluso los juglares compondrían canciones.

Y como todo héroe de leyenda que se halla sumido en la difícil dicotomía entre la sensatez y el puro instinto, entre la solidez de una decisión sometida a juicio, bien imbricada y sin fisuras, o caballo grande ande o no ande, Rodrigo abrió la faltriquera, se atavió la loriga y se precipitó a lomos de Babieca en una carrera infernal que, afortunadamente, nadie en Manzora pudo identificar con él.

Gracias a Geperudeta, quien, a decir verdad, no se había apartado ni un solo segundo del lado de Rodrigo desde su aparición. De hecho, había permanecido junto a él todo ese tiempo, invisible a sus ojos, juzgando su mala praxis a una distancia prudencial, ahora acompañada de Inocencia, Martirio y Amparo, los Espíritus Guardianes de su advocación enviados por la Administración Ultraterrestre para supervisar su trabajo inmediatamente después de haber recibido y archivado una demanda por daños y perjuicios al Coro Celestial.

—¡De ninguna manera debemos permitir que se pavonee frente a la corte, aún no! —terció Martirio a las cavilaciones de Rodrigo.

—Debiste leerle las instrucciones… —amonestó Inocencia a Geperudeta, quien se cruzó de brazos con mirada altiva.

—Es un impertinente —le respondió.

—No, es un crío repleto de inseguridades que ha visto truncado su miserable destino en apenas un instante para emprender, ni más ni menos, la hazaña de la conquista de Valencia —matizó Amparo.

—Algo que, por otra parte, ni le has explicado —le reprochó Inocencia—, porque tú, Geperudeta, cuya sabiduría florece en el esplendor de tu madurez, ¡no has sabido lidiar con el temperamento de un muchacho.

—Ah, vaya, vaya, ¡cuánta locuacidad! No te oí mediar palabra en la conversación cuando el mocoso te necesitaba, ¿sabes?

—¡Porque no estaba presente! —estalló Inocencia poniéndose en guardia, con el escudo áureo que le había sido concedido para proteger a los inocentes, frente a Geperudeta, que había adoptado la posición de la grulla y mascullaba entre dientes, a punto de atacar, algo así como «¿sí?, te vas a enterar, voy a hacer una reliquia con tu cara», cuando el martillo de Martirio cayó entre las dos de un golpe.

—Parad de una bendita vez, no es momento para peleas. ¡Rodrigo va a

exponerse al mundo.

Pero entonces el mundo quedó cegado al torrente de luz que desencadenó Geperudeta en el instante en que Babieca saltó al galope; de suerte que no se dio de bruces contra un muro. Allá donde cabalgaron, un resplandor como un albor prendido en las callejas de Manzora rezumaba en torno a sus figuras, tendiendo un manto deslumbrante que los envolvía.

Pedro, el palafrenero del rey, de espaldas a las cuadras, soltó la cuerda del pozo en un estrépito cuando un destello como un centenar de flechas bordeó su silueta y cayó de rodillas, temblando, frente a Fulvia, que ahogó un grito de asombro ante el portento de luces que surgía de los establos al mismo tiempo que Fernando I, acodado en el alféizar de la ventana de la sala de la Cultura, se tapaba el rostro con las manos al chispazo del relámpago luminiscente que se había iniciado en el patio de armas y se alejaba del castillo hacia la Alameda.

La gran bola de fuego que constituían Rodrigo y Babieca recorrió la Ciudad Alta, alumbró las casas de adobe de la calle Nueva, barrió de plumas las plazas del Octavo Día y el Estornino, crepitó en las aguas del Pozo Grande y relumbró a chorros en las fuentes del Romero y la Sed, perdiéndose a campo traviesa.

Aquel acontecimiento, según *Memorias del pueblo*, de Lucía Laínez, pasó a ser denominado popularmente como la gran avenida que, muchos años después, se construiría en su honor, «el Bostezo del Ángel», no siendo esta la única secuela que la centella dejó a su paso.

A los manzoreños que presenciaron la procesión del milagro se les irradió la vista, el color de los ojos se le tornó ambarino y se autoproclamaron *Iluminados* del dios Sol, elegidos por el Rayo del Atardecer para traer la claridad a las mentes. Su cabecilla, cuyo nombre las llamas de la historia ha consumido, llegó a comparecer frente a la Emperatriz de todas las Españas para advertirle de que barcos con velámenes henchidos al viento, estandarte de fondo gris y león pasante, portarían a la heredera de la Luz, a quien ella había de recibir con elogios, pues habría de extraerle las tinieblas que emanaban de su vientre. «[…] la Emperatriz, en pleno uso de su cargo, lo expulsó de la corte y, aunque no dio pábulo a las supercherías de viejo con ínfulas de mesías, quedó en silencio, rechinó la mandíbula y apretó sus ropajes sobre la zona del estómago», recogió Aldara Froilaz en *Los grandes*

días del Imperio.

Babieca derrapó colina abajo, trotó sobre algunas piedras y se detuvo elegantemente al filo de un terraplén. Rodrigo, en cambio, que, pese a sus recién adquiridos dones, no tenía costumbre de cabalgar y, mucho menos, vestir loriga, desmontó a trompicones y se agarró al lomo de la yegua para no caerse de bruces, y no había terminado de formular la pregunta «¿qué demonios ha pasado?», cuando Geperudeta, acompañada de tres vírgenes casi idénticas a ella, pero algo más bajitas, se hizo visible en un griterío de lo más confuso.

La que blandía un escudo agitaba su mano libre reprendiendo a Geperudeta, que se encendía de rabia ante la riña, y la que portaba los martillos se los enfundaba a la espalda e intentaba imponer orden. La tercera de ellas, al margen de la discusión, iba escoltada por una tropelía de cachorros absolutamente adorables de los que Rodrigo no podía apartar la vista. Llegó a contar hasta siete antes de que las piernas le fallaran y se le empalideciera el rostro.

—¡Valiente imbécil, quítate el flurflur de encima! —Geperudeta, que no tenía bocas para tantos frentes abiertos de conversación, pero sí agravios para todos, increpó a Rodrigo desde el otro extremo.

Amparo corrió en su ayuda, le extrajo al flurflur del cuello, lo guardó en la faltriquera y ordenó a su manada de cachorritos que se abalanzaran sobre Rodrigo, a chupetearle la cara. En seguida se repuso, se desprendió de la loriga y se secó el sudor frío de la frente.

—¿Estás bien? Aún te veo un poco sofocado. Toma, un cachorro —se lo sacó de la túnica y se lo puso en brazos—, deja que te lama, su saliva es curativa, ¿ves? —le mostró—. Me llamo Amparo, por cierto. Esa de allí es Inocencia y aquella Martirio. A Geperudeta ya la conoces.

La conocía y, por lo que podía apreciar del alboroto, las otras dos no daban la impresión de ser más transigentes que ella. De súbito, el fragor de la discusión se detuvo. Inocencia se apartó de Geperudeta teatralmente, echó una mirada hacia Manzora, contempló el bullicio que su intervención había despertado entre el populacho y sonrió.

—Sutil, muy sutil, Geperudeta. Impecable, en serio. Mi enhorabuena. Gran trabajo, sí, señora.

—Pero ¿se ha evitado que Rodrigo quedara al descubierto o no se ha

evitado?

Inocencia hizo oídos sordos.

—Veamos —se llevó la mano a la barbilla—, a cuánto crees que ascenderá la multa por el número de normas que has infringido.

Geperudeta, furiosa, tomó una bocanada de aire y…

—Vale ya —terció Martirio—. Tú —se dirigió a Geperudeta—, la próxima vez, antes de montar semejante espectáculo, consúltanos, porque eso de ahí —apuntó en dirección a la ciudad— ha estado fuera de lugar, y tú, —se dirigió a Inocencia— refrena tu lengua, hemos venido a proteger, socorrer y defender a los inocentes, mártires y desamparados, no a cuestionar con mordacidad cada uno de los movimientos, ¿queda claro?

Un par de síes algo mustios se intercambiaron en un refunfuño.

—Así me gusta —dijo Martirio y les hizo un gesto para regresar junto a Rodrigo, que recibía una presentación magistral de lo que le esperaba en lo sucesivo por parte de Amparo.

—Aprenderás a leer y a escribir, aritmética básica, estrategia y —Amparo le echó una ojeada—, ¡pero si no tienes espada! Necesitas una… Cómo se te ocurre ir por ahí desarmado y analfabeto. Sabe, Rodrigo, que un auténtico caballero ensarta antes con el filo de sus palabras que con el acero de su arma. No hay enaltecimiento en arrebatar una vida. Sin embargo, la espada es un elemento.

El cachorro que le había dado roncaba panza arriba con las patitas agitadas por el sueño entre las piernas de Rodrigo, que atendía a Amparo con esmero, anhelante por iniciar sus lecciones para convertirse en caballero, convencido de que la grandeza de sus gestas enorgullecería tanto a Alfonso que lo nombraría su abanderado, entraría a formar parte de sus huestes y combatiría por él.

—Enjaula a esos pájaros en tu cabeza, Rodrigo —lo espetó Inocencia—, batallarás por la gloria de la Santa Madre, tu bandera servirá a su imagen y tus logros serán los suyos. Más vale que lo asumas, muchacho, no encantarás a ningún rey con tus proezas.

¿Le había leído el pensamiento o la mente de un adolescente es un resorte sencillo de manipular? No lo sabía; en cualquier caso, guardaría sus ideas en un hatillo.

—Venga, venga, no pongas esa cara —lo animó Amparo—, tampoco es

excluyente. —Y le lanzó un gesto acusador a Inocencia.

—Dejemos eso por el momento —repuso Martirio— y centrémonos en su instrucción. —Cogió el rollo de pergamino y lo rompió en pedazos—. No necesitará esto, no volveremos a despegarnos de su lado. Pero, antes que nada, ha de empuñar una espada.

Martirio hablaba de él como si no reparara en su presencia, como si su opinión careciera de importancia. No se dirigía a Rodrigo, apenas lo miraba. Lo había privado de voz, lo cual no se le antojaba extraño, al fin y al cabo, no era más que un simple caballerizo, su lugar en el gran esquema del feudalismo había sido aquel destinado para quienes tienen como cometido bajar la mirada y permanecer a la espera, en silencio y sin estorbar.

Supo, entonces, que la única a la que podría confiarle sus inquietudes era Amparo, que aprendería a leer, a escribir, aprendería los números y la estrategia, aprendería a esgrimir la espada con la misma soltura con la que su madre esgrimía los cuchillos en las cocinas y así se ganaría la voz, la opinión y la libertad para expresar aquello que le habían arrebatado por nacimiento, la igualdad; y esa habría de ser su primera hazaña.

García, el último en la descendencia, conocido desde sus primeros años como el Taciturno, se hallaba en los jardines exteriores retorciéndose la postura a merced de la enredadera de parras en busca de roeles de luz que iluminaran el pedazo de tela que sostenía en sus rodillas, al que embestía con puntadas cruzadas a diestro y siniestro con un finísimo hilo carmesí.

A través del ventanal de la sala de reuniones, Sancha, a la propuesta de la comandante Aldara Froilaz de mandar un ejército a Zaragoza que persuadiera a Al-Muqtádir de pagar las parias que debía a la corona, lo atisbó en un distraimiento que la llevó a fijar la vista en la nueva ocupación de su hijo. «Bordados, ahora le ha dado por bordar».

Desde que no levantaba ni un palmo del suelo, García había curioseado con cualquier cosa que hubiera estado a su alcance. No se mantenía en un mismo sitio más de cinco segundos. A menudo, prestaba su entera atención a un juego hasta que aparecía otro, condenando al anterior a un abandono del que jamás lo rescataba. «Crecerá, la experiencia hará que valore aquello que se le ha dado», se decía Sancha.

Pero creció y sustituyó los juegos por las prácticas. Al principio, mostró

una inclinación desmedida por la música, exigió un rabel que Sancha mandó tallar específicamente para él y que le fue entregado sin condiciones. A partir de entonces, pasaba las horas encerrado en sus aposentos, olvidaba que los días sucedían a las noches y las noches a los días.

Permanecía así, en la estrechez de su alcoba, a solas con su instrumento, sin permitirle a nadie oír sus melodías, acariciando las cuerdas con una devoción sin límites, perfeccionando su música en privado. Hasta una mañana en la que amaneció en el patio interior del castillo, sentado, con las piernas cruzadas, arrebatando sonidos al rabel con tal excelencia que una bandada de gorriones desvió su vuelo cautivada por sus notas y se fue a posar en las boquillas de la fuente, las balaustradas, las tejas, las canaletas, las repisas y los cipreses que adornaban el cenador para admirar su canto.

Al acabar la pieza, una aclamación frenética espantó a los pájaros en un revuelo ensordecedor que bañó el patio de plumas. García, sin darse cuenta, había sido escuchado por más de la mitad de la corte, que se había ido amontonado en las salidas arrastrados allí por el embaucamiento de su virtuosismo. Él se levantó, esquivó a las gentes, rehuyó las felicitaciones, guardó el instrumento en su funda y no volvió a sacarlo nunca más, porque el objeto de su pasión había cambiado y de la música pasó al ajedrez, del ajedrez a las artes culinarias, de las artes culinarias a las justas, de las justas al tiro con arco… Lo que al final le valió el apodo de el Inconstante.

En todas sus aficiones, repitió el mismo proceso que lo había imbuido en el de la música, de un estado febril de agitación mental derivaba a un dominio de la técnica que lo sumía en un profundo desinterés, y, en todas, Sancha esperó que García encontrase la definitiva. «Es como un barco a la deriva, perdido e inexpugnable», se decía cada vez que intentaba tender un puente de comunicación hacia él que terminaba con un revoltijo de palabras que se le escurrían de las manos y se deslizaban escalera abajo sin que su hijo se hubiera apercibido de ellas.

La verdad es que García prefería el silencio a las conversaciones, por toda respuesta se encogía de hombros y ni las sugerencias veladas ni las buenas intenciones lo persuadían. Más allá de la cortesía, no había establecido relación con ninguno de sus hermanos. Ni siquiera los numerosos amantes, hombres y mujeres de noble y baja cuna, a los que juró amor eterno en un arrebato de lujuria tan exaltado como efímero, habían conseguido impedir que

su tendencia natural a la desgana se impusiera entre él y el resto del mundo.

Sancha se estremecía cuando, de improviso, la certeza de un devenir atrofiado en el futuro de García le nublaba el sueño y procuraba acercarse a él con más ahínco tras los desvelos de aquellas noches, buscarlo allá donde se hubiera extraviado, quererlo un poco más, si es que era cariño lo que le faltaba, u ofrecerle alternativas, si es que no había probado las suficientes. Arremetía contra sus desmanes, obviaba sus desprecios y se culpaba, muy en secreto, por no haber comprendido el carácter de su hijo ni una sola vez en su vida.

Pero Aldara Froilaz, sentada frente a Sancha, seguía insistiendo en que Al-Muqtádir precisaba de un millar de lanzas que le recordaran amablemente los términos del acuerdo que había firmado con el reino de Manzora. Ella desvió la mirada para prestar oídos a su insistencia en el momento en el que un paje rogaba a García en nombre de Fernando I que se presentara ante él cuanto antes.

Así pues, García, el Taciturno, el Inconstante, el último de los cinco hermanos, pero el primero en congregarse en la sala de la Cultura, saludó a su padre con una leve inclinación de cabeza. Pronto, acudieron Urraca y Alfonso, que se disculparon por la tardanza, seguidos de cerca por Sancho y Elvira, a quienes Fernando I les perdonó igualmente la demora y los instó a tomar asiento.

Ninguno de ellos notó que a su padre se le habían amarilleado los ojos, pues nada más cruzar la puerta, se abstrajeron. García se recreaba en su orgullo de haber bordado con encanto un alimoche carmesí en tela blanca después de muchos intentos frustrados con la aguja; Urraca se distraía manteniendo despierto a Alfonso, dándole tironcillos del cogote cada vez que este hundía los párpados; Elvira sacudía golpes y hacia señas con los dedos para contarle a Sancho en una lengua de signos inventada por ambos lo que había leído mientras que Fernando I divagaba acerca de como Muniadona I, su madre, había aprovechado la hambruna en el condado de Ribagorza para apropiarse del territorio volviendo al pueblo contra sus gobernantes a cambio de multitud de vacas, gallinas y ovejas, incorporando de esa manera las tierras ribagorzanas al reino de Pamplona, todo lo cual fue interrumpido por Sancha I que, de un portazo, acalló la diatriba de su esposo, captó la atención de sus hijos y anunció, con el aire de la premura golpeándole en las costillas:

—Iremos a la guerra

Libro II

Legado

Alas afueras de Manzora, en el cruce de caminos que conducían a Torre la Bella, Rodrigo se negó a continuar.

—He de regresar.

Solo un par de horas, pensó, buscar a Alfonso, despedirse; luego marcharía al sur, al Bosque Alimañas, Peña Parda o donde demonios fuera el dichoso lugar en el que la sacrosanta espada de María yacía a la espera de ser empuñada por su legítimo propietario. Por qué los dioses se emperraban en forjar metales que podrían cortar el viento para clavarlos en una roca cien mil años antes de que su portador naciera. Qué necesidad. Ah, «es una prueba», le había asegurado Amparo, aunque a él más le parecía un embrollo que podía extenderse tres años, ni más ni menos; envejecería antes de tocar siquiera la empuñadura. ¿Y su madre? ¿No merecía su madre una excusa? Algo a lo que agarrarse para explicar la ausencia de su único hijo, al menos.

—La gloria requiere sacrificios —le reprochó Inocencia.

—La gloria puede esperar.

A Amparo, aquel sobreponer su preocupación a su deseo de convertirse en caballero se le antojó un buen comienzo; a Martirio, en cambio, no le merecía la misma opinión. Pero en este caso, Amparo fue más rápida.

—Date prisa, no nos conviene viajar de noche.

—¡Un momento! —Geperudeta cogió a Rodrigo del pescuezo antes de que este saliera disparado—. Dame la faltriquera.

Rodrigo intentó desenredarse de la mano que lo asfixiaba.

—Pero… no… me… creerá —dijo en un denuedo.

—No necesitas que te crean. Lo único que tienes que hacer es avisar de que te vas por un tiempo.

Se resistió un poco más, pataleó en el aire hasta que se rindió.

—De… acuerdo —y Geperudeta lo soltó.

Rodrigo se masajeó la zona del cuello, resopló violentamente y le lanzó la faltriquera.

—¿Te acuerdas del risco? Pues esta vez más te vale regresar.

Como siempre había vivido intramuros del castillo, Rodrigo no había reparado en lo monstruosamente grande que era la ciudad de Manzora. La fortaleza se alzaba al pie de un acantilado escarpado por el azote de las aguas del Cantábrico que rielaban Cala Quisquilla, donde desembocaba el río Guano. Si no andaba equivocado, debía hallarse en el extremo opuesto, en las postrimerías de La Vega. Desde allí, podía atajar entre los cultivos de caña hasta el barrio de las Candilejas, desviarse hacia la Morada de los Expósitos y allí colarse por el alcantarillado, moverse entre los túneles y llegar a la sala de los fogones del hipocausto.

Inicialmente, la calle de las Candilejas fue conocida por sus puestos de venta de lamparillas de aceite, candiles y velas de todo tipo. El mercadeo con la taifa de Córdoba trajo los inciensos y las especias. Después llegaron comerciantes del este, con sus vasijas tintineantes y pedrería preciosa; carros repletos hasta los bordes de naranjas, dátiles y olivas. Pronto, las casas de las bocacalles colindantes se llenaron de mercaderes venidos de otros reinos para vender sus mercancías y terminaron por ocupar una barriada que se erigió como una de las arterias principales de la capital.

Rodrigo, atrapado entre la muchedumbre, se maldijo al verse arrastrado por la marabunta de viandantes que lo retrasaba, lo obligaba a retroceder y a apartarse cada pocos pasos. En un último impulso, que duró lo que le pareció una eternidad, alcanzó los peldaños de la cuesta del Chapiz y se perdió en dirección a los refugios. No le hizo falta tiznarse la cara de suciedad; el sudor y la tierra húmeda le churreteaban las manos y las mejillas. Las elegantes vestiduras de tela de satén de Lyon que Geperudeta le había confeccionado se habían echado a perder y, aunque casi oía la disputa que esto le supondría más adelante, le valió el pasar desapercibido.

En el sistema de alcantarillado, pese a que perdió la orientación un buen número de veces y que el maloliente hedor se le pegaba al paladar, se desenvolvió con más fluidez que por la ciudad, en gran parte porque, desde críos, Urraca, Alfonso y él habían usado los túneles en sus juegos, pero sobre todo por la ausencia de aglomeraciones. Llegó a los baños y tentado estuvo de tirarse a un barreño de cabeza. Podría ocultarse en los recovecos de las estancias, pero difícilmente podría esconder su olor.

Un guarda que ascendía de las mazmorras lo pescó en seguida atraído por el tufo que expelía. Rodrigo no se dejó amedrentar, aprovechó la distancia a la

que el guarda —y sus narices— se mantuvo para escapar por los pasillos. De nada le sirvió, otros guardas lo avistaron y lo arrastraron a empellones en dirección a la salida, tras lo cual decidió formar un tumulto que, además de granjearle varios capones, llamó la atención de Sancha, que abrió la puerta de la sala de la Cultura para preguntar que a qué se debía semejante jaleo con una expresión poco amigable.

Entonces Alfonso reconoció la voz de Rodrigo, se excusó ante su madre, que le concedió unos minutos, y pidió a los guardas que se retirasen.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Tienes un aspecto lamentable, ¿te han hecho daño? ¿Quién ha sido? —exclamó Alfonso, preocupado—. Ven, apóyate en mí.

No estaba malherido, pero parecía recién llegado de una guerra. Alfonso procuró respirar por la boca mientras lo sostenía.

—Rodrigo —no solía llamarlo por su nombre salvo en aquellas ocasiones que requerían de las formalidades que se emplean para dar seriedad al tono en una conversación—, qué son esas vestiduras que llevas. —Si bien es posible que centrara el foco de su curiosidad en lo menos relevante de la escena.

La capacidad inventiva de Rodrigo para contar embustes era más bien limitada ya que, como cualquier héroe de leyenda que se precie, se caracterizaba por ser estúpidamente noble.

—Son… ropajes del sur.

Alfonso enarcó las cejas.

—Del sur —repitió lentamente—, ¿de qué sur?

Excelente pregunta. Los conocimientos geográficos de Rodrigo no pasaban de las trovas que le había oído cantar al pueblo.

—¡Medinazahara! —contestó con el entusiasmo de quien, de golpe, recuerda lo que ni sabía que almacenaba en la memoria—. Es una nueva moda sureña, poco práctica, como ves —se apresuró a añadir.

—Ajá. —A Alfonso no le hacía falta conocerlo desde siempre para detectar que mentía, resultaba bastante obvio—. Ignoro por qué habrías de engañarme acerca de esta cuestión, pero, escucha, mi madre ha decidido marchar sobre Valencia.

Alfonso esperaba una reacción más tendente hacia la sorpresa o la inquietud que hacia el oportunismo.

—Y hablando de marchar, verás, el caso es que… he venido a despedirme.

—A sabiendas de que apestaba, Rodrigo se acercó a Alfonso y este, a sabiendas de que apestaba, no se apartó—. Partiré de la ciudad hoy mismo y es probable que no vuelva hasta pasados tres años.

—¿¡Que te vas!? Todo esto es muy extraño, Rodrigo, no dejas de soltar patrañas. ¿Estás bien? —Apretó la palma de la mano contra su frente para notar si tenía calentura.

—Deja eso, Alfonso —le tomó la mano—. Me voy, quería que lo supieras porque —agachó la mirada, se ruborizó un poco y se le atascó la voz en la boca como solo a un niño que aún no ha aprendido a pronunciar bien ciertas palabras que cree demasiado grandes se le atascaría un «te quiero»—, bueno, pues porque me voy.

—Pero a dónde, a dónde te vas, y por qué.

—No sé bien a dónde, es difícil de explicar —además de que ya lo había olvidado—, pero van a adiestrarme, seré un caballero y…

—¿Quiénes van a adiestrarte? —lo cortó, cada vez más molesto con la situación.

—No puedo contártelo. —Aunque sí que podía, pero no lo hizo porque la conversación ya estaba lo suficientemente enrarecida como para que le sumara además una Virgen y ¿sus tres virgencitas? La verdad, ni siquiera le había quedado del todo claro qué eran Inocencia, Martirio y Amparo en el gran teatro de crueldades en que se había convertido su vida—. Lo importante es que abandono Manzora, pero regresaré, regresaré como caballero, Alfonso, batallaremos juntos y conquistaré para ti todas las Valencias que desees.

Definitivamente, deliraba.

—Rodrigo, te quiero —dijo como quien le habla a un trastornado—, pero vamos a iniciar una guerra contra los invasores. No entiendo de qué locuras me hablas. Pero, te pido, no, te ruego, quédate. Te necesito aquí, ahora, a mi lado.

—Inclinado, querrás decir.

Entre Alfonso y Rodrigo se abría una brecha que ambos se esforzaban por ignorar, que llenaban con ensoñaciones de escapadas, encuentros a medianoche, una alcoba con troncos de almendro ardiendo en la chimenea y una jarra de vino especiado; pero que, al final, venía a mortificarlos.

Las distintas posiciones sociales que ambos ocupaban resaltaban más y más cada año que se sucedía. Para Alfonso, resultaba sencillo negar la

evidencia de que Rodrigo era su siervo. Al fin y al cabo, nunca se había visto sometido a ninguna fuerza superior, muy al contrario, él era la fuerza superior que sometía. Tal vez no de manera consciente y, tal vez, bienintencionadamente, lo que a Rodrigo no le suponía consuelo alguno y solía atribuirse la desgracia de haber nacido pobre, sin escudo de armas, sin título, sin apellido.

Desde hacía un tiempo, sostenían esta refriega que, aunque hubiera comenzado en una disputa que no estuviera relacionada con el tema de las jerarquías, reflotaba para dirigirlos siempre hacia el mismo punto, la misma discusión, la eterna desigualdad que se establecía entre los dos. Porque un día, Alfonso sería rey, un día, Alfonso habría de casarse.

—Contraeré matrimonio con mi caballerizo, si es preciso para que comprendas que…

—Tu vida no es solo tuya, Alfonso —lo interrumpió Rodrigo, sonriéndole por la ternura que le había despertado su ingenuidad—, perteneces a tu reino.

—Mi reino es mío, acatarán mi designio o sufrirán las consecuencias de su insensatez.

—No quieras ser esa clase de rey.

—No te vayas, Rodrigo —le suplicó a la desesperada—. Renunciaré a la corona si hace falta, pero no te vayas. —Lo abrazó, lo besó, lloró en sus brazos.

—No viviría en calma si me quedo. —Le secó las lágrimas—. Incluso si fuese tu esposo, seguiría siendo Rodrigo, el caballerizo. En la corte, al pasar, susurrarían que te engatusé, que te atraje con malas artes y aunque me arrancara los oídos de un tajo oiría sus murmullos correr, trepar a mi juicio, cegarme el pensamiento y cada cuchicheo, Alfonso, emponzoñaría tu imagen, tu corona, tu suerte, y te culparía, te odiaría, encelaría mis remordimientos hacia ti. —Lo abrazó, lo besó, lloró en sus brazos—. No estoy a tu altura, no puedo estar a tu lado aquí, ahora, pero lo estaré, te lo prometo.

Alfonso se desembarazó de Rodrigo, contuvo el llanto y endureció el gesto.

—Si no es ahora, entonces nunca.

Rodrigo estaba familiarizado con su carácter tajante, conocía sus impulsos y, antes o después, se retractaría, pero una disculpa a largo plazo no exculpaba el daño infligido en el acto.

—Si así lo quieres, así será. No puedo reprochártelo. —No obstante, había notas de reproche en su voz.

—Lo digo en serio, Rodrigo, no te estaré esperando. —La determinación de Alfonso fue implacable.

—Pero vendré a buscarte, igualmente. —Entonces Rodrigo, mugriento como estaba, se limpió las lágrimas, se dio la vuelta y, de espaldas, casi inaudible, dijo—: Te quiero. Adiós.

Ante lo cual, Alfonso no tuvo más remedio que abandonar su postura, echársele encima y responderle:

—Pedazo de mierda humeante, ten cuidado. Te extrañaré.

Cuando Rodrigo volvió a las afueras de Manzora, en el cruce de caminos que conducían a Torre la Bella, había cambiado sus ropajes y portaba un hatillo con mudas limpias, una bota de agua y dos alforjas con panes, queso y encurtidos que su madre le había preparado en cuanto su hijo le comunicó que se iba, no sin antes ordenarle que se lavara la cara mientras removía entre los enseres sin dejar de refunfuñar que «a qué hora viene a ser caballero», que «la muerte llega igual para todos» y que, en ese caso, «más vale cuchara en boca, que espada en mano».

Por mediación de Aldara Froilaz, Sancha había descubierto que Abd al-Malik Nizam al-Dawla, el reciente heredero de la taifa de Valencia, no había terminado de consolidar su regencia debido a la barbarie que sus subordinados le achacaban. El aumento en los impuestos nada más entronizarse tampoco le había valido de ayuda para ganárselos; más bien había provocado el descontento general. Por todas partes se propagó el rumor de que la vileza del nuevo monarca procedía de su locura; las voces imaginarias que decía escuchar, con las que compartía su gobierno, lo enajenaban.

Su impopularidad había arraigado con tal rigor que incluso algunos de sus más antiguos súbditos se habían exiliado al sur, retirando su apoyo a su causa. La respuesta inmediata había sido la decapitación indiscriminada de todo aquel del que sospechara felonía, sin juicio, sin más prueba que el mal consejo de cierto visir que aprovechó la vez para medrar a costa de regar el salón de audiencias con la sangre de quienes constituían su obstáculo.

Se oían muchas cosas de Abd al-Malik, la mayoría inciertas, suponía Sancha, que, pese a sus años, mantenía la piedad de quien opina que ninguna

persona alberga tantas maldades a la vez. Aunque, si era veraz o no, carecía de interés, lo realmente importante era que representaba la oportunidad de conquistar Valencia.

Cuando Sancha heredó la corona de León, era una contra el mundo. Cada nuevo sol, sabía, iba a extinguirse en las aguas crepusculares de un océano que jamás vislumbraría. Sus antepasados habían corrido tierra adentro, edificado fortalezas, castillos, ciudades como hormigueros en las que hallaron refugio, pero había más norte que el suyo, y el mar seguía allí, impertérrito, consumiendo un día tras otro con la fiereza de quien se prepara para, llegado el momento, desparramarse, y había hombres y mujeres, sí, incontables hombres y mujeres, arracimados y ansiosos por conquistar su reino. «Si habían domado el mar, ¿cuánto tardarían en doblegar unas simples montañas?», se preguntaba Sancha, a quien al instante le asaltaba otra cuestión más reveladora si cabe, «Si hemos doblegado a las montañas, ¿cuánto tardaríamos en domar el simple mar?».

Primero picó espuelas hacia Pamplona, consolidó su alianza con Navarra y anexionó el condado de Castilla a su reino mediante el ventajoso matrimonio con Fernando. Continuó al oeste, sofocó las rebeliones de quienes intrigaban para arrebatarle la corona y dio la vuelta a su reino, pasando por Galicia, para unificarlo con más solidez de palabra que levantamientos de armas. Jamás regresó a León, cabalgó al norte más norte que conocía y estableció su corte en un territorio baldío de apenas ocho kilómetros de extensión, donde construyó su castillo, su muralla, su reino; Manzora, pegada al mar, en el que ni un solo sol iría a extinguirse sin su permiso.

Años de paz y abundante fortuna trajeron buenas nuevas a la corte manzoreña el día en que la informaron de que el Califato de Córdoba se había disuelto. Entonces posó su vista hacia el sur y, por qué no, hacia el este. «Si con dos brazos he abarcado el norte, ¿cuánto no abarcarán los diez brazos de mi descendencia?».

—Dirigiré la campaña junto a la generala de tropas, Aldara Froilaz —comunicó Sancha a sus hijos cuando Alfonso hubo entrado de nuevo—. Condes y condesas de Lara, Urgel, Borgoña y demás apellidos del grueso de vasallos del reino formarán filas. Valencia, al fin, nos pertenecerá.

Urraca fue la primera en intervenir al aserto de su madre.

—¿Podremos acompañarte en la batalla?

A Urraca, la fascinación de la guerra la atraía en la misma medida que al resto de sus hermanos, nada. Los brazos tachonados de heridas, la virulencia de los cuerpos amoratados, el acero relumbrante salpicado de otras vidas; actos viles que pasaban impunes embanderados por la gracia del orgullo, el honor, la gloria; ideales falaces cuyos propósitos servían para ocultar con nobleza la verdad que escondían. El asesinato.

No había cumplido los cinco años, Urraca, cuando el reinado de Sancha se sintió peligrar por la sublevación de su tío, Bermudo, coronado por su hueste como Bermudo III, el Legítimo, que atrincheró sus tropas en Tamarón con la firme intención de apoderarse del condado de Castilla.

Nunca se revelaron los detalles de la muerte de Bermudo. Si fue la propia Sancha o alguien de entre sus banderizos la historia lo desconoce. «[…] la orden que se decretó fue clara, no herir de gravedad a Bermudo, el hermano de la reina, Sancha I. […]. Aunque se interrogó minuciosamente al círculo de espadas en el que varios testigos afirmaron que Bermudo había perecido, nadie supo dar respuesta», recoge Gadea González en su crónica biográfica *El rugido de los leones: la batalla de Tamarón*.

En cualquier caso, y fuera quien fuese el responsable, a su regreso a Manzora Sancha no dejó de atormentarse, perdió el apetito, abandonó el hábito de dormir y se sumió en un silencio del que —si se le ofrece validez a los chismes que recopiló quien se oculte tras el pseudónimo de Batracia en *Amancebamientos, lujurias e injurias acaecidas durante el reinado de Sancha I*— Muma la sacó a golpes. Lo cierto es que su presencia la revitalizó, se quitó los remordimientos de encima y, al cabo de un año, quedó encinta. Al dar a luz a los mellizos, Sancho y Elvira, juró educar a sus hijos de manera que jamás batallasen entre ellos.

Ahora, Urraca temía que su madre partiera hacia Valencia para retornar a Manzora desquiciada por los horrores de la guerra o, peor, morir. La edad, finalmente, se imponía, su agilidad se había mermado con el tiempo y, aunque todavía blandía la espada mejor que cualquiera, su resistencia no comprendía más de dos combates.

—Sería un riesgo innecesario, no —repuso Sancha—. Permaneceréis aquí, asistiendo a las solicitudes de vuestra abuela durante mi sustitución en la regencia —concretó—. Mandé redactar una misiva no hace mucho apremiándola a concurrir en la corte —agregó—. Si no se produce retraso,

arribará en unas semanas.

—Pero, madre, tal vez no suponga ningún disparate que al menos un par de nosotros te acompañe —reconvino Elvira.

Para consternación de Urraca, Alfonso parecía embabiado. Le pegó un codazo instándolo a que mostrase su apoyo a la propuesta de Elvira, pero él ni se inmutó. García tampoco expresó opinión alguna, para variar.

—No hay quien iguale a Elvira con la lanza y lo mismo se podría decir de Urraca con la espada, madre —alegó Sancho—. Llévalas contigo, enséñales a combatir a un ejército. Tal vez lo que aprendan nutra su porvenir —razonó—, y no te preocupes por las atenciones a la abuela, yo solo me basto para conducirla y seremos tres. Cuatro, si contamos a padre —se precipitó a añadir cuando echó cuentas de que había olvidado a Fernando.

Sancha lo sopesó unos segundos.

—Está bien —accedió—, lo acepto, vendréis conmigo. —Asintió—. Será un buen entrenamiento.

Aquella noche, no obstante, Urraca se presentó en la estancia que habían preparado para hospedar a Aldara Froilaz, tocó a la puerta, pidió permiso para pasar y, una vez dentro, le confió sus preocupaciones. Pese a que no formaba parte de la familia, Urraca la consideraba casi una tía, había crecido oyendo sus anécdotas en las batallas junto a su madre y solía frecuentar el castillo bastante a menudo.

Aldara rondaba en años a los de Sancha, pero, a diferencia de ella, no había descuidado su adiestramiento ni un solo día desde que le pusieron una espada en la diestra, un carcaj en la espalda y un caballo entre las piernas. Era una extraordinaria guerrera en la lucha e incansable en la amistad que le profesaba a Sancha. Por eso, Urraca acudió a ella y, entre ambas, llegaron al acuerdo de que custodiarían por los flancos a su madre, cuidando de que no se lastimara durante la reyerta. Pero ni mil Aldaras ni mil Urracas hubieran podido librarla del mal que le sobrevino.

La abuela Muma atravesó el portón con una comitiva de cien leales antes de lo esperado.

—Malditos mequetrefes, Muniadona I habrá de entrar a la corte espoleando caballo o no entrará… «En carroza», dice, «demasiado esfuerzo», dice, el pérfido. Esfuerzo el que os voy a dar yo a todos, panda de haraganes… Insinuaciones veladas, ¡a mí! Sabed que esta vieja aún tiene

recorrido… —iba despotricando junto a su inseparable Remedios en el ascenso al trono para presentar su humilde, aunque estentóreo, servicio a Sancha.

Al parecer alguien, sin duda un palafrenero bienintencionado, le había sugerido que montar cabalgadura entrañaba quizá un esfuerzo harto arduo para su condición, lo que la había predispuesto a un humor de perros.

Los días posteriores a su llegada fueron, por el lado de Sancha, un revuelo de preparativos y arengas bélicas que enardecían el ánimo de infantes y caballerías y, por el de Muma, una avalancha de exigencias que Sancho resolvió lo mejor que pudo, ya que su abuela, si bien ejercía el poder con eficiencia, tendía a acomodar la corte a su gusto. Se negó a portar corona porque «una reina no necesita cubrirse de oro y marfil, su sola presencia hace que se inclinen las cabezas», amplió el número de audiencias bajo la máxima «el pueblo es tu muralla, mantenlo fuerte y unido y jamás traspasaran tus muros», llenó los cobertizos con sus propias gallinas y puercos aduciendo que «no tenéis buen material, Sancho, ni en la crianza» y, tanto si la conversación lo requería como si no, culminaba todas sus quejas, curiosidades e imperativos exclamando, «¡Que dios nos asista, la capital es un estercolero!».

Mientras Sancha planeaba sus estrategias y Muma inundaba los salones con su distinción, Fernando discurría por los pasillos como ido, entrechocándose contra las paredes, los guardas y todo aquello que le saliera al paso, adolecido por extrañas alucinaciones que lo embargaban en augurios que escapaban a su control. A menudo se lo oía balbucear que había visto la verdad en un sueño, que ahora su mirada albergaba mil reinos, que la gracia de una Virgen lo había tocado y que sus ojos centelleaban como el fuego que trae el calor al invierno.

—No acudas a la lid —le rogó Fernando a Sancha en la privacidad del lecho la noche antes de su partida—. No sobrevivirás.

—Has perdido el juicio —le dijo Sancha, para quien no habían pasado desapercibidos los desvaríos de su esposo—. Deja al menos que te traten los curanderos, algo te ocurre, algo malo, y ese color de ojos tuyos…

—He sido bendecido por la antorcha de cinco varas y tú te condenarás al infortunio si desoyes mi ruego —la cortó.

—Eres un majadero que solo dice majaderías —replicó ella—. Qué clase de ejército batallaría por una reina que no batalla por su ejército.

Fernando la atrajo hacia sí, la fue desnudando.

—Recibirás un rasguño aquí y aquí —recorrió su cuerpo con las manos— y, justo aquí —las yemas de los dedos acariciaron su costado izquierdo—, un sable hendirá su filo, y el corte que te infiera ya nunca sanará. Manará la sangre, la coserán, pero la pus seguirá supurando —la piel bajo su contacto se le estremeció—, tornará del amarillo al verde y ennegrecerá, y el negro pudrirá tus entrañas. —Entonces hundió la cabeza en su vientre—. Pero si te quedas —alzó la vista para mirarla—, si te quedas tu destino habrá cambiado para siempre, verás crecer las montañas, pasar las lunas, derrumbarse las fronteras; tus biznietas, Sancha, llevarán tu nombre, y tu estirpe ceñirá corona hasta el fin de los tiempos.

Lo que le respondió Sancha a Fernando tras la elocuencia de su argumento quedó en la intimidad de la alcoba. Lo que sí fue un hecho es que no la alejó ni un ápice de su propósito.

Despuntaba el sol la mañana en la que las tropas marcharon al este, una procesión de manzoreños los vitoreó, colmados de buenos presagios, claveles y hojas de laurel, acompañándolos en su avanzada desde la muralla del castillo a los límites de la ciudad por donde emblemas, pendones y estandartes desaparecieron de la vista. No hubo descanso, ni respiro en el viaje, hasta que el tañido de un cuerno alertó a las filas de que había comenzado el asedio.

Cuando se produjo el primer ataque, Fernando vislumbró una colina y huestes apiñadas de escudos y mandobles y lanzas que apuntaban al cielo y flechas que asaeteaban la tierra por el puro placer de herir al mundo, y una Sancha, sobre todos, que se arrancaba la túnica, lanzaba el yelmo y cargaba contra el enemigo. Pero el enemigo no se detuvo ante su fiereza y Fernando, al borde de un peldaño, cayó de frente y un llanto le nació de mil ojos que morían cubriendo la hierba con desaliento, y un temblor le astilló cada palmo de su cuerpo, y una sed como un remolino de arena en el desierto le atragantó el gemido de una muerte y otra y otra, que eran y no eran la suya, y así lo encontró Alfonso, lívido y desperdigado por las escaleras que bajaban de sus aposentos, con los ojos refulgiendo de acontecimientos que sucedieron o sucederían o estaban sucediendo en el instante en que Fernando I halló a la muerte con la visión de su esposa siendo embestida.

La contienda había estado igualada, pero la caída de la reina forzó la

retirada de las tropas hacia Manzora, que transcurrió como un largo delirio para Sancha. Urraca, que había presenciado la acometida, no se separó de su lado durante el trayecto. Elvira departía con la médica si tal o cual remedio sería más efectivo para su curación. Aldara la visitaba noche tras noche y noche tras noche se repetía «es fuerte, es fuerte, se recuperará» a modo de letanía.

Repicaron una quincena las campanas de las basílicas de la capital en honor a Fernando I hasta que el plañido siguió al silencio, el graznido de las gaviotas volvió a resonar en los puertos y el rebullir cotidiano de las gentes se impuso al luto. Pero a Muma, que había sobrevivido al necio de su marido, a tres de sus cuatro hijos y a tantas guerras que ni sabía cuántas, se le agarrotó la vida a la altura del pecho al contemplar el cadáver de su hijo tal y como lo trajo al mundo, indefenso.

Pero el dolor, que empezaba a ser mucho, no era bastante. La guarnición que transportaba a Sancha llegó a su destino al cabo de un tiempo. Rápidamente, la trasladaron a sus aposentos. Cidellus Carpio, el médico del castillo, examinó su herida. Su dictamen no fue esperanzador. Se moría, aseguró, la carne estaba demasiado infecta para tratarla. Solo quedaba rezar y rezaron, pero dios desatendió sus rezos. Cuatro días después, entre jadeos y sudores fríos, agonizó; y ella, Sancha I, reina de los Reinos Combatientes, que jamás había perdido un duelo, se rindió a la muerte. Y tal vez la muerte se contagie o la tristeza se nutra de la salud, quién sabe. En cualquier caso, los entierros de Sancha y Fernando supusieron el declive de Muma, sobre quien recayó la regencia temporal de Manzora.

El flurflur correteó a su manera flemática por la barquichuela gozando de una libertad que para cualquiera no comprendería más de tres varas de largo y poco más de media de ancho pero que, para él, era un orbe entero.

—Lo malcrías, Rodrigo —desaprobó Inocencia cogiendo al flurflur por lo que bien podría ser la cola antes de que ascendiera al borde—. Cuanto más se acostumbre a salir fuera, menos soportará la faltriquera.

La amonestación, lejos de persuadir a Rodrigo, le dio una idea.

—He pensado que podría llevarlo sobre la ropa, aquí, en el hombro —sugirió.

—Ajá —espetó Inocencia—, ¿y has considerado qué opinión les merecerá

a las gentes el ver a un muchacho con —sus palabras a partir de aquí se impregnaron de grandilocuencia y fueron declamadas en mayúsculas— el hacedor de universos, la rueda que hace girar al mundo, la luz-materia que se desliza en los cuerpos y les infunde vida —y, a partir de aquí, se tornaron displicentes— en tu insignificante hombro?

—Cosas más raras se han visto —señaló Rodrigo, que acarició al flurflur.

—No deberías acariciarlo con tanta frecuencia. —El flurflur, que flurflurbeaba de contento a las caricias, mostró su desacuerdo haciendo que el mar salpicara a Geperudeta, que escurrió su manto de fino terciopelo escarlata con disgusto—. Cada vez que lo haces, alguna parte de ti se hincha y da como resultado una imagen de lo más grotesca, podría delatarte.

Pero el cuerpo de Rodrigo había cambiado desde que iniciaron sus andanzas, se había robustecido. El contacto continuado con el flurflur más los ejercicios físicos diarios que le habían impuesto empezaban a surtir su efecto. Jamás alcanzaría la forma que adoptaba cuando Flurfi —porque ahora, a veces, se refería al flurflur como Flurfi— actuaba sobre él, ni dejaría de dar una apariencia delgaducha, pero por lo menos sus enflaquecidos brazos podían partir almendras.

—«No», «no», «no» es lo único que oigo —les reprochó—. Si dirijo mi vista al norte, mar; si la dirijo al sur, mar; si la dirijo al este o al oeste, más mar. Al fin y al cabo, qué importa si lo acaricio; nos hallamos en medio de ninguna parte, completamente a solas. —Había que admitir que su punto de vista era razonable, pensó Amparo—. Además, mira, a Flurfi le gusta. —Hizo el gesto de hacerle cosquillas, a lo que el flurflur ¿se rio?, tal vez, y tal vez el agua que burbujeó alrededor de la barca fuera su risa.

—Hay que admitir que nunca lo hemos conocido tan sonriente —habló Amparo en favor de Rodrigo, aunque no hubiera una sonrisa posible en un ser informe.

Martirio, a los remos de la barca, ignoraba la cháchara de los otros cuatro y se concentraba en no errar el rumbo a la par que se preguntaba cómo diantres iban a conseguir que Rodrigo se sumergiera a tales profundidades para coger la espada.

—Hemos llegado, la cueva de las Palomas. —Y lanzó el ancla por la borda con la misma ligereza de quien desmigaja un pedazo de pan para alimentar a los gorriones.

Rodrigo, Amparo, Inocencia y Geperudeta, que seguían parloteando de esto y lo de más allá, enmudecieron al contemplar la quietud que se cernía en torno al cerro. Las aguas no parecían sujetas a ninguna clase de movimiento y los tonos de azul se entremezclaban en una fosforescencia impávida. Algunas rocas asomaban sus puntas en la superficie y, al fondo, en la pared de la gruta, el mosaico de una Virgen se reflejaba en lo cristalino del mar.

—Tú, desnúdate —le ordenó Martirio, que hacía un par de días había empezado a referirse a él en segunda persona, motivo que llenaba de satisfacción a Rodrigo a la vez que lo llevaba a obedecerla en sus demandas.

—¿Del todo? Es que, si no cubro ciertas, uhm, debilidades, me siento desprotegido.

—Del todo. —Y fue tajante en su aseveración.

—Ve con cuidado, Rodrigo, ten presente que mis cachorritos se quedaron en tierra —le indicó Amparo, angustiada por su recuerdo, a pesar de que Babieca, que podía tumbar a diez hombres de un relincho, los resguardaba.

Sería mediados de marzo, la brisa que soplaba, aunque amable, no invitaba a un baño y el agua, en calma chicha, lo intranquilizaba. Habría de descender y buscar entre las piedras el fulgor del metal o el resplandor de la empuñadura. Se quedó de pie, en la barca, hercúleo en su inmensidad, con Flurfi sujeto entre las manos, como pajarillo en medio de la helada. «Mejor no lo pienses», se dijo, tomó aire y Geperudeta lo empujó. Tras el sobresalto, se sobrepuso al encogimiento general de su cuerpo por el golpe de frío y se ayudó de las piernas para bajar procurando agarrarse al flurflur, que se le revolvía intentado huir. El aliento le apretaba en los pulmones mientras fondeaba entre pedruscos y chinorros esmaltados por la luz, sin éxito. Ascendió y volvió a descender.

—No la veo. —Geperudeta le indicó con un gesto que volviera a bajar.

Repitió el proceso hasta tres veces.

—Te digo que ahí abajo no hay nada. —Se agarró con un brazo a la barca y, de un impulso, subió a ella.

—Mira, muchacho, como baje yo ahí y la encuentre vas a ver.

—De ver… dad… que no hay… nada —tiritó.

Aunque de haberla hallado Geperudeta no habría podido cogerla, decidió zambullirse para darle una lección. Rompió la superficie, buscó durante casi veinte minutos y ascendió.

—Efectivamente —gruñó— no hay nada. —Y se oyó, como en un eco, el sonido de un ego que se desinfla.

El flurflur, mientras tanto, seguía removiéndose con insistencia, y puede que el frío distrajera a Rodrigo y la impaciencia de la espera provocara que Inocencia, Amparo y Martirio se despistaran, porque en esos casi veinte minutos en los que Geperudeta había recorrido cada rescoldo de las profundidades, le dio tiempo a llegar al borde de la barca y arrojarse al agua produciendo un «¡Plof!» que tardaron en procesar por la impresión de la caída, hasta que Amparo les recordó que el hacedor de universos, la rueda que hace girar al mundo, la luz-materia que se desliza en los cuerpos y les infunde vida ¡no sabía nadar.

E, inmediatamente, cuatro Vírgenes y Rodrigo saltaron por la borda. Bajo el mar, la velocidad del flurflur aumentó, tocó el fondo con rapidez y reptó hasta el filo en el que empezaba la cueva, donde finalmente Rodrigo dio con él.

—¡Está aquí! —jadeó con la garganta en salazón.

Flurfi, empero, apuntaba al mosaico.

—¿Y si no está en el fondo? ¿Y si la espada —apoyó la palma sobre las teselas y un temblor partió la imagen en una abertura— …?

Ante sus ojos, Colada; revestida de la penumbra que la circundaba. La extrañeza de Rodrigo al percatarse de que su hoja no se hincaba en ninguna roca lo alertó; un héroe de leyenda ha de enfrentarse a temibles bestias, monstruos infames y lagunas preñadas de muertos antes de esgrimir la espada con la que medirá el mundo. Se acercó, con Flurfi descansando en su clavícula, temeroso hasta de respirar. Alargó el brazo esperando que una descarga como un rayo lo fulminara en el acto, pero no sucedió.

—Fiú —tragó saliva.

Permaneció un rato estático, hasta que al fin desanduvo sus pasos seguro de que el suelo que pisaba se agrietaría bajo sus pies, las cavidades de la cueva se derrumbarían, el mar en una marejada salvaje inundaría su interior y él quedaría ahogado entre escombros, pero no sucedió.

—Fiú —secó el sudor de su frente.

Seguía desnudo, así que no tuvo más remedio que dejar a Flurfi y pedirle, por favor, que no se moviera de su sitio. Agarró a Colada, se abalanzó sobre el agua y, entonces, empezó a hundirse como si la espada fuera montones de

herrumbre en un saco de tamaño inconmensurable. Pataleó, pero no conseguía reflotar y la ausencia de la fuerza que le proporcionaba el flurflur no mejoraba su situación.

«Ains, de verdad, este chico», es lo que habría dicho el flurflur si el flurflur hablase, pero no lo hacía, lo que sí hizo, en cambio, fue dar un saltito tan poco elegante como el de una pescadilla que consigue desprenderse del anzuelo justo antes de ser apresado por el pescador, eso sí, con innegable majestuosidad. Alcanzó a Rodrigo, se adhirió a él y, juntos, llegaron a la barca.

Fuera del agua, la espada había recuperado su peso. Rodrigo la blandió con orgullo haciéndose, sin querer, un pequeño corte.

—¿Y la funda? —le recriminó Geperudeta—. Te has olvidado la funda.

Rodrigo se desplomó. Hasta el último de sus músculos palpitaba por la tensión a la que se había visto sometido, una línea de sangre le bañaba el muslo, apenas si mantenía su pulso, pero ¿y la funda? Faltaba la funda, claro. No se irían sin la dichosa funda, por supuesto, y así fue. Pero, al menos, le acometió el consuelo de que, al finalizar el día, lograría ser el mayor espadachín de su tiempo.

O más bien no. Meses de duro entrenamiento y duelos a espada contra Martirio e Inocencia no habían curtido a Rodrigo casi nada en el arte del combate. Su juventud lo dotaba de una gran resistencia, pero no de habilidad para entrever las maniobras de su contrincante. Iniciaba la pelea como quien pretende resolverla en un movimiento, su juego de pasos era torpe y sus estocadas previsibles.

Así los soles siguieron a las lunas, con el chirrido metálico de la derrota, y conforme fueron adentrándose en territorios poblados, las cuatro vírgenes se vieron obligadas a encarnarse en cuerpos de talla normal y vestir los ropajes típicos de la época para pasar desprevenidas, excepto Geperudeta, que se empecinó en llevar camisa blanca con el cuello levantado rodeada por un primoroso pañuelo gris unido por un lazo que contrastaba con el añil claro de su chaleco corto, al que seguía unos pantalones indecorosamente ajustados de un tono algo más oscuro a juego con una chaqueta de doble botonadura y faldón trasero, rematado todo ello con unas botas negras y un bastón; y por más que lo intentaron, no hubo manera de despojarla de aquel atuendo.

Los racimos de los viñedos ofrecían sus uvas a las manos de los campesinos, que las cosechaban en talegas de mimbre, y las chirimías tañían alegremente durante la fiesta de la vendimia, que coloreaba de grana las estaciones dando paso al invierno. El norte recuperaba el albor de sus nieves cuando Rodrigo cruzó la frontera hacia Zaragoza. En el asalto que había organizado en la taifa de Badajoz, para exigir el cobro de las parias que se habían retenido, luchó él solo —aparentemente— contra cientos de personas que se fueron amedrentando ante la sombra de Babieca, una yegua indómita que refulgía en la lid y apartaba a sus atacantes con la furia de su cuerno por decenas, sin que estos llegasen ni a percibir su pelaje. Rodrigo irrumpió en la corte y, a punta de espada, exigió el tributo en nombre de la corona de Manzora. Pronto, su proeza recorrió las bocas y de habladuría tabernaria pasó a pareado juglaresco y a coplilla popular. A su llegada a Zaragoza, repitió la hazaña y cada cofre obtenido y cada emisario enviado viajaba con un pergamino escrito de su puño y letra remitido a la que él creía su reina, Sancha I.

El Cid, lo llamaban.

La noticia de la muerte de Sancha sacudió Manzora. Elvira fue quien sujetó su mano cuando la sangre se le acumuló en las venas. Sancho, que bajaba a relevarla en los cuidados, recogió el sufrimiento de su hermana y se lo echó encima junto al suyo. Urraca, que pasaba a ver el estado de su madre, contuvo el dolor en un hatajo de nervios y lo volcó en los preparativos del velorio. Alfonso, arrastrando su pena escalera arriba, abrió la puerta de los aposentos reales y se derrumbó en los brazos de Muma, a quien un llanto se le agavilló en los ojos como el barro en un lodazal y vino a quedarse ahí para siempre.

Nadie reparó en la ausencia de García hasta la mañana en la que la misma tierra que albergaba el cuerpo de Fernando se removió para enterrar a Sancha tal y como había requerido en su testamento: «[…] ligada a mi esposo, Fernando I, del que se esculpirá, junto a mi nombre en el mausoleo, el único apodo que le corresponde, el Hechizado», como finalmente lo conoció la historia.

Pero no podían hacer cumplir el resto del testamento si García no se presentaba. En los tiempos en los que Sancha había salido a unificar su gobierno, para afianzar las alianzas que había establecido con los distintos

condados, formó un órgano al que llamó la Curia Regia, «un preclaro consejo de dignatarios que se ocuparía, entre otras cuestiones, de reconocer la sucesión real a la corona […]», describió Isabel Santalla en *Las raíces de la realeza*.

Las misivas se habían enviado con premura y la corte estaba a rebosar de la más alta nobleza sin que García diera muestras de aparecer. Muma, que andaba algo olvidadiza —sin duda por el estrés de la regencia, como aseguraba a sus nietos—, mandó rastrear a Gonzalo, y donde dijo Gonzalo quiso decir García, por todo el reino.

Llegó tres días después, por la noche, enfangado de mierda hasta los codos y desprendiendo un olor a vino tan potente que a Muma le sorprendió que no se hubiera caído al foso, lo que habría sido realmente difícil, porque el castillo carecía de foso, al contrario que el de Pamplona, con el que se había confundido momentáneamente; lo que no confundió fue la cara de García al asestarle una bofetada de tal magnitud que resonó por el salón de audiencias, se filtró por las cocinas e invitó a algunas de las ratas de las despensas a esconderse en sus ratoneras hasta nuevo aviso.

De nada sirvió el golpe, García se contrajo, dobló la espalda y vomitó.

—Dadle un baño, que repose en su lecho y, en cuanto despierte, que se me avise de inmediato —ordenó Muma—. Que un guarda vigile su puerta y, por el amor de dios, que su boca no advierta ni una gota de vino —añadió.

«Siempre fue así», observó Urraca, «impenetrable, con García no había forma de prevenir el daño, iba y venía en todas direcciones». La hosquedad de su carácter había limitado sus posibilidades, podría haber sido un solo García, un García de una sola voz, frente a los trescientos Garcías que había querido ser, que se apelotonaban en su cabeza con una exigencia distinta cada vez y que desechaba al final porque su apetito era muy superior a la saciedad que le ofreciera cualquier alimento. Les daría problemas, pensó Urraca, es difícil gobernar un reino entre cinco cuando una de las partes se recluye en un aislamiento perpetuo.

Por orden de la Curia, Urraca, Sancho, Elvira, Alfonso y García fueron convocados, a puerta cerrada, en el salón de audiencias. A García, el menor de los hermanos, que seguía revuelto en su resaca, se le concedió la zona sur del reino de Galicia, que aceptó de rodillas. Alfonso, el que había sido el predilecto de Fernando, heredó el reino de Castilla, y Muma se alegró al ver

su herencia en tan sólidas manos. Sancha, tan incapaz de separar a los mellizos como de dividir el reino que había sido el suyo, determinó que a Sancho y a Elvira se les diera, respectivamente y a efecto inmediato, el gobierno del reino de León así como la zona norte del reino de Galicia. Para Urraca, la primogénita, convino el reino de Manzora y forjó un título, un título nuevo, que le otorgaría la potestad sobre el resto de los reinos, que sus hermanos habrían de garantizar declarándole subordinación, que la Curia Regia avalaría allí mismo bajo sus propias consecuencias: Emperatriz.

El silencio que invadió a la concurrencia magnificó el estrépito que se produjo cuando cuatro coronas de oro engarzadas con zafiros, rubíes y esmeraldas se reclinaron a los pies de Urraca, provocando una avalancha de inclinaciones del primero hasta el último de los asistentes.

Tras la ceremonia en la que Muma le entregó la regencia y bendijo la posteridad de su Imperio, se escribieron acuerdos y se ratificaron viejas alianzas refrendadas por la firma de Urraca I de Manzora, Emperatriz de todas las Españas. Y aunque la alegría entraba a espuertas por las ventanas durante la semana de los festejos y el frenesí de los aplausos acallaba los malos pensamientos, Muma siguió perdida en la abundancia de su tristeza.

Sonrió, porque todos sonreían, mientras que su memoria deshacía la multitud de pliegos que cimentaban las horas, los días, los meses y los años de su vida. Saludó, porque todos saludaban, pero desconocía los labios que besaban su mano, si era Sancho el Garcés el que se arrodillaba por enésima vez, luego de haber trepado por las rejas hasta sus aposentos, con promesas de matrimonio. Alababa, porque todos alababan, a la Emperatriz Urraca I, que rehuía el abrazo de su madre para juguetear con el crío de Anacleta Díaz y volvía con las rodillas ensangrentadas y la ternura de la niñez galopando en la mirada.

Tal vez el tiempo había avanzado unos pocos minutos o retrocedido un lustro, lo ignoraba. Dejó de comer porque la comida, si tenía algún sabor, se había disipado. Dejó de dormir porque la distinción entre mañana y noche, si existía, se había desvanecido. El abatimiento de la pérdida la atenazaba con tal fervor que a menudo deambulaba por el cementerio recitando capítulos enteros de *El collar de la paloma*, empapada en la humedad del clima costeño que no conseguía calarla al hueso porque, de sentir el frío, también lo había olvidado.

Tanta fue su aflicción en el olvido, que olvidó los nombres de aquellos a los que antes había conocido, olvidó el nombre de ese que la había amado, con quien había concebido cuatro hermosísimos hijos, a los que igualmente olvidó, y como había olvidado a Fernando, olvidó a Sancha y a sus nietos y, pronto, las salas, salones y pasillos que conformaban el castillo se ensancharon como un cenagal en el que se fue hundiendo, y sus pensamientos parecían una hélice que se replegaba empujándola a un estado primigenio en que un brazo, su brazo, seguía a una mano, su mano, sin que las reconociera como suyas.

El remolino de la pérdida siguió adelante y su memoria fue desmembrándose en pedacitos cada vez más pequeños que se esparcieron en un desorden atemporal en el que a punto estuvo de disolverse el único recuerdo que le había quedado, cuando un mugido entró a trompicones por debajo de la puerta haciendo que Muma se inquietara, recogiera el hilo del soniquete en una pelotera de impresiones y lo persiguiera porque algo muy familiar la impulsaba a hallar su origen.

No se sabe cómo, burló a la doncella, a los guardas que la custodiaban, a quienes se ocupaban del mantenimiento y la limpieza, a los cortesanos de la entrada, la agitación en torno al pozo, a los aprendices y a su maestra en el patio de armas y a los caballerizos de las cuadras; pero así lo hizo, quizá la decrepitud o la desmemoria la habían consumido hasta la invisibilidad, porque entró con pie firme y retiró el postigo de la cuadra de Remedios, su vaca, sin ser vista.

—Remedios. —Y un vaho de aliento le cubrió la cara.

La montó, como si de una cabalgadura se tratara, y atravesaron el portón del castillo, dejaron atrás la plaza del Escudo, se desviaron hacia el camino de Punta Descubierta y llegaron a la linde de Cala Quisquilla, donde un revuelo de gaviotas y golondrinas surcaron el cielo y una canción que Muma le cantaba a sus hijos, que le cantaba a sus nietos, que antes le cantó su madre, le nació de adentro.

Pássaros do sul
bando de asas soltas
trazem melodías
p'ra cantar às
mo'as

em noites de romaria,
em noites de
romaria[3].

Entonces Remedios, con la espuma salpicando su pezuña, puso una pata sobre las aguas y no se hundió; con el restallar del oleaje rompiendo en la arena, puso otra pata sobre las aguas y no se hundió; caminó a la deriva en el batir de los mares hasta que el reflejo de sus figuras se evaporó a la vista de todos y tampoco se hundió.

O, al menos, eso fue lo que contaron a Urraca los barqueros, pescadores y comerciantes del puerto que presenciaron el milagro de la partida de Muma y Remedios, una historia a la que Urraca no le dio el menor crédito. Ordenó peinar Manzora de punta a punta. Muma, supuso, debía haber escapado en algún momento y andaría vagando no muy lejos de la corte, perdida. Pero, si fue así o no, la verdad es que jamás hallaron su cuerpo.

Libro III

Imperio

Qué es esto, Urraca, todo este andar de un lado para el otro que me trae frenética, todo este caer, rendirse, esquirlarse las pesadillas en una sucesión de párrafos que se doblegan como Elvira, la Traidora, lo hizo, por tu voluntad.
Hay hombres que creen que su hombría es similar a la Luna, que tendrá algún efecto sobre la Tierra. Pero tú, Urraca, fuiste mujer y creaste el efecto para ensanchar tu tierra, tus reinos; *Imperatrix totius Hispaniae*, oigo los vítores de tus siervos, desde aquí, tu corona es redonda y tu loriga de plata. Tormenta de Acero te conocen en la batalla. Caballera sin adarga, al descubierto.
¿Pensaste, alguna vez, en tu hermana? Tu hermana pensó en ti, Urraca, en las cortas tardes de otoño junto al fuego, con Bigotes, Albondiguita y Miau Pruprú II rondando en torno al tablero. Jugabas a la defensiva, construías murallas infranqueables y perdías, obligabas a la reina a abandonar su puesto y perdías. Cada peón que no sacrificaste, Urraca, fue un rey caído, y perdías. Pero rey no hay más que uno en una partida, ahora lo veo, y fallabas porque era un juego, porque las piezas eran de boj y no de carne y hueso. ¿Sabes, hermana? Ahora lo veo, cinco reyes no pueden jugar al ajedrez con un imperio. Lo sabes, porque ganaste.

¿Me lees, Urraca? Desaparecen los pergaminos mientras duermo. Algunos, incluso, no vuelven. ¿Te conmueven, hermana? No hay espacio en tu imperio para las dos, ¿lo hay, acaso, en tus recuerdos? Eres tú o la locura, Urraca. No sabría precisar. Tal vez sueño que escribo o que me roban lo escrito. Tanto me han robado… Pero diles, aunque sea, la verdad, que sepan que jamás quise una corona, ni un reino, ni gobernar. No, diles la verdad, diles que Elvira, la Desleal, quería una cabeza ensortijada y una bandeja de plata ornamentada con laurel y espino que la sostuviera, quería la vida de una bestia a la que llaman hombre y era invitado a la mesa como hombre y se le alborotaba la risa en las mejillas y la candidez en los ojos como hombre y el aire le henchía los pulmones y salía por su boca como hombre. Quería una justicia en el mundo.

Eso es, Urraca, diles, que sepan, que tu hermana, el surco de la estirpe de

tu estirpe, Elvira, no ansiaba un trono, ni vasallos, ni cinco Españas que la encumbraran. Quería devolver con sangre lo que se le había arrebatado con acero. Aquel crimen que no fue castigado, ni perseguido, bajo tu mandato. Aquello que pasó impune, el acto atroz del asesinato.

¿Lloras, Urraca? ¿Te aflige? La vergüenza, el oprobio, el linaje emponzoñado. ¿Te escuece? Espero que sí, espero que no haya paz en tu lecho. Espero que tu glorioso imperio brille, impoluto, de arriba abajo, como este torreón, inmaculado. Espero que lo contemples, desde la balconería, y la blancura de los muros y el esplendor de los chapiteles reflejen en tus ojos la inmundicia de tus acciones.

Emperatriz de todas las Españas, Urraca. Estuve allí, mis aplausos elevaron tu corona, mis brazos sostuvieron tu cetro y sometí mi vida a la tuya. Te quise, hermana, cómo te quise. Más, más que ninguna, te quise. Atesoré tus secretos, tus dudas, tus desvelos. ¿Importó? El día en que tu espada pendió en mi garganta, no. El remordimiento, fue el remordimiento quien movió tu mano, quien me salvó. No tú, no Urraca, Emperatriz de todas las malditas Españas.

Me confinas aquí, dos o tres años, sin matarme todavía, por qué, qué temes, qué supondría verter un poco más de tu sangre, la mía.

Fue tu favorito siempre, Alfonso, el niñito al que te faltó amamantar. ¿No es así, Urraca? Qué habría sido de aquel infame si su espada te hubiera arrebatado a ese, tu hermanito, al que meciste en tu regazo y acunaste canciones de estrellas fugaces que titilan al amparo de la luna, lunera. Pero no era Alfonso quien batallaba en Zamora, no. Alguien mejor se perdió en Zamora.

No quiero, Urraca, hablar más de esto, se me revientan los ojos con la remembranza, porque casi llego al final de esta crónica y un nudo se me cierra y un tajo se me abre. Ojalá, Urraca, te atrevas a mirar a Elvira una sola vez más en tu vida. Ojalá tu imperio se derrumbe ante el juicio de quien no teme a la verdad. Ojalá tu pueblo te reconozca como la que fuiste, Urraca, lo diré al fin, la fratricida.

La corte manzoreña había quedado desocupada, saneada por la pérdida y el desconsuelo. Tras el responso que se organizó para despedir a Muma, Alfonso, Sancho, Elvira y García partieron cada cual a asumir el cargo de sus

territorios y, con ellos, las estancias del castillo se vaciaron de sus objetos y evocaciones. Aldara Froilaz, sin embargo, aterida por los acontecimientos de los últimos años, decidió quedarse como apoyo y consejera real de Urraca en tanto que esta se aclimataba a las inclemencias de su nuevo título, colgó la espada y el arco y se estableció en Manzora.

Mientras una audiencia daba paso a otra y los papelajos que demandaban sellos estampados con la marca de su heráldica y ampulosas firmas se amontonaban en el renombrado aposento imperial de Urraca, una sucesión de cofres se tendió frente al trono.

—Son las parias que la taifa de Badajoz venía debiendo desde los tiempos de Sancha —le susurró Aldara a Urraca ante la confusión de su gesto—. Aquí dice que el cobro se hizo efectivo por parte de «el Cid» —leyó el pergamino que portaba el mensajero—. Francamente, dudo que se trate de un caballero y, de ser así, lo desconozco, lo que con toda probabilidad significa que no fue armado bajo esta corte —concluyó.

El tributo, aunque despertó extrañeza, no fue mal recibido después de todo. Sin embargo, cuando al poco volvió a ocurrir la misma escenificación con las parias de Zaragoza, Urraca exigió que se desvelara la identidad de ese «Cid» que, sin su autorización, osaba recaudar sus impuestos. Emitió una recompensa para cualquiera que le presentase noticia acerca del misterioso caballero y de nuevo la corte recobró su alborozo cuando todo tipo de juglares acudieron al pago de la retribución a cambio de cantar las hazañas del valedor que había derrumbado a cien infieles en la batalla, rampante en su montura, veloz e inquebrantable, el Cid Campeador.

—Los juglares tergiversan la verdad en función de su público, Urraca, no prestes oídos a sus engañifas —le advirtió Aldara, a quien una vieja rencilla con un juglar la había llevado a desconfiar de los decires de ese gremio.

Las *Cantigas de escarnio* habían finalizado y Urraca se disponía a gratificar a la voz cantante que, ciertamente, no había sido de las mejores, en el momento justo en el que una furia como un vendaval atrajo su mirada. Una mujer de muchas tierras, enaltecida en su propia presencia, compareció en la corte con la arrogancia de quien se sabe que habrá de conquistar todo aquello que desee. En su andar no cabía el retroceso, traía la arena del desierto pegada a la túnica y desprendía el aroma cetrino de altamar.

—He devorado los mares, puesto pie en todo puerto. He atravesado a la

Muerte y alimentado mi boca con las llamas del infierno. He bebido la sangre de mis tripulantes, para no morir de sed. He visto cada punta, cada estrecho, la vasta negrura y el sol como un incendio que no se ponía nunca. Y todo esto he vivido, y todo esto he padecido, para venerar con mis victorias de ahora en adelante a la Emperatriz de todas las Españas, Urraca, si así me lo permites.

La que hablaba era una persona sin apellido. Había ascendido de polizona a capitana de barco en las aguas del Mediterráneo. A veces guerreaba por el gusto de guerrear y, a veces, esas guerras las libraba contra el mismo reino al que había jurado defender. Su marcado acento delataba su origen sureño, aunque la bandera que pendía en las astas de sus barcos, amarrados en los muelles de Punta Descubierta, procedía del norte.

Nadie conocía con certeza cómo había forjado su destino, pero su nombre era célebre por su navegación intrépida. Entre las muchas habladurías que suscitaba, se contaba que había cruzado el último de los confines que acordonaban la Tierra, en cuyo límite conoció a los *jiao*, una tribu de ancianos que habían adquirido el don de tejer y destejer los designios del mundo. Tras aquella expedición, volvió a la civilización con un rumbo fijo, Manzora.

Era una incógnita, Jimena, postrada ahora ante sus pies. De lo único que podía estar segura Urraca con respecto a ella es que su lealtad era para consigo misma.

—Buen discurso, aunque sobrante. De nada sirven tus victorias en un imperio que se gobierna en paz. Tu veneración, laxa como la supongo, te la puedes quedar también —expresó de manera rotunda—. No obstante, eres bien recibida en Manzora, disfruta de los deleites de la capital y espero que esta sea de tu agrado.

—Entiendo —sonrió levemente—, mi mala reputación me precede, por lo que veo —chasqueó la lengua—, no importa. Acabarás cediendo. —La miró con descaro—. Probaré que merezco tu confianza cuanto tiempo sea necesario para ganármela.

—Más te vale, pues, buscar un alojamiento rentable —repuso Urraca.

A lo que Jimena se rio, realizó una reverencia y se marchó con las manos vacías, pero el corazón lleno, por motivos que solo ella entendía. Entró en las calles, acortó por la cuesta de la Calderería y regresó a su barco, «Al fin», suspiró, «un suelo que se tambalea». En su camarote, luciérnagas cimbreantes atrapadas en frascos pujaban por salir.

Más tarde, alejadas del trono, del salón de audiencias y los requerimientos de la corona, Aldara se volvió a Urraca.

—Ese viejo, ¿te acuerdas? —Estiró la mano sobre la bandeja de queso de oveja curado acompañado por un puñado de dátiles, pasas y nueces—. El sectario aquel de los ojos ambarinos —Urraca asintió—. ¿No te advirtió que alguien allende los mares vendría para no sé qué de la luz? —Masticó una nuez—. Uno de mis muchachos —Aldara siempre motejaba «muchacho» o «muchacha» a las personas a su servicio independientemente de sus años— me ha dicho que su flota es inmensa y que porta un estandarte gris con león pasante. ¿No era así como lo había descrito el viejo? —Escanció la comida con vino.

—El estandarte del reino de mi madre, sí, lo exhibe con petulancia —rechinó—. No comprendo qué intenta.

—…pero ese viejo —insistió Aldara con los carrillos rebosantes—, sus ojos, eran iguales a los de tu padre y él vaticinó.

—Mi padre murió aplastado por su locura —dijo en un tono herido que dio por acabada la conversación.

Tras la cena, Urraca se retiró a su alcoba y un retortijón que hacía tiempo que no sentía vibró en su vientre. Se concentró en acompasar la respiración, tomó aire, lo soltó, tomó aire, lo soltó, tal vez así evitaría… Pero entonces una arcada espeluznante le subió a la garganta dejándole el regusto familiar de lo que estaba por acudir, una polilla del tamaño de un puño se deslizó a través de las cavidades de su boca y revoloteó en la estancia, encandilada por el fulgor de las velas. Luego vino otra, seguida de otra, y no paró hasta nueve.

No se trataba tanto de un secreto, como de una vergüenza bien guardada. A sus trece años, Urraca manifestó por primera vez aquella rara afección cuando Bellido Bermúdez, un apuesto aprendiz de taumaturgo, a quien no le habían pasado inadvertidos los gestos arrebolados que Urraca le dedicaba, se le presentó con la idea de cortejarla y, en cambio, le provocó una sacudida similar a una multitud de larvas trepando por sus intestinos que la tuvo indispuesta una semana. No había pasado un año cuando Veremunda Virago y su cautivadora picardía se acercaron con intenciones que Urraca se habría aprestado a avivar, si no fuera que las polillas crecían y se multiplicaban cuanto mayor era su atracción.

Aquellos episodios se repitieron cada poco. No obstante, pasada la

intensidad de la adolescencia y la juventud más revoltosa, se atemperó, aprendió a controlarlo, se alejó de esa clase de apegos y mitigó sus impulsos, incluso creyó haber curado su mal hasta ese mismo instante en el que la evidencia demostró que se equivocaba, nueve veces, además, como las nueve polillas que danzaban en torno al candil, y es que Jimena, por más que la desagradase su jactancia, sus desaires y su fama de pendenciera, le resultó ridículamente atractiva.

—¿No te parece que está habiendo una plaga? —le preguntó Aldara una quincena después palmeando el aire, como desquiciada.

Incapaz de contestar, Urraca se encogió de hombros, se dirigió a la ventana y confirmó que la flota de Jimena no había zarpado, aunque sí se había ausentado de la corte. Ni a ella ni a su altanería se las había vuelto a ver merodeando por el castillo. Al principio, a Urraca le convino su actitud despegada, imaginando que la distancia aplacaría su malestar, pero, muy al contrario, las polillas le afloraron de sus entrañas con mayor abundancia que nunca. También se le había agriado el carácter y las noches se le desmoronaban privándola de su descanso. A veces, fantaseaba con que los montones de barcos varados en Punta Descubierta bogaban otros mares, acuchillaban otros cielos y atracaban otros puertos en otras ciudades que no eran la suya, entonces la angustia de la pérdida apretaba sus pulmones, aceleraba su pulso y la instaba a correr hacia la ventana para asegurarse de que los barcos seguían allí, aferrados a sus anclas, y al comprobarlo experimentaba un alivio que la atormentaba. A veces se enfadaba por su estupidez de chiquilla encaprichada y se hacía promesas de no albergar un solo pensamiento más en relación a Jimena, que incumplía a las pocas horas de habérselas impuesto.

—Las polillas empiezan a ser un problema, atacan la ropa, la harina, la madera —le informó Aldara—. Pelayo Peláez se quejó de que había encontrado una colonia entera atiborrándose de su loriga; chaladuras, cómo va a ser, yo pienso que una polilla le ha carcomido el seso… —insinuó—. Dicen que en el puerto otra plaga, pero de luciérnagas, está trastornando la pesca. ¡Manzora nunca antes se ha visto en las lides de enfrentar estos demonios! —exclamó dramáticamente agitando los puños.

Al final, y aunque solo fuera por el bien de su imperio, a Urraca no le quedó más remedio que asumir su derrota, aceptar su enamoramiento, escapar

a hurtadillas en mitad de la noche y plantarse frente a Jimena para encarar la situación, ofrecerle su descarnado corazón en forma de bichito peludo y asqueroso, recibir su rechazo y permitir que el despecho hiciera el resto.

La espera desde que golpeó la puerta se hizo insoportable.

—¿Quién llama? —la voz de Jimena le llegó desde el otro lado.

Y qué iba a responder, ¿la Emperatriz de todas las Españas?, ¿Urraca I?, cualquier cosa le sonaba absurda teniendo en cuenta que se hallaba embozada en una túnica para no ser reconocida como un mal comediante.

—Urraca… —un rubor bochornoso se intensificó en sus mejillas—, abre —pausa embarazosa—, por favor.

El giro de la llave y el chirrido de las bisagras fueron silenciados por un zumbido de luciérnagas que intercambiaron posiciones.

—La infección ha llegado a tu camarote —señaló, algo nerviosamente, Urraca.

Jimena abrió una escotilla, dio algunas vueltas, le ofreció algo de bebida, algo de comida, se apartó el flequillo de la cara, se cruzó de brazos, volvió a apartarse el flequillo de la cara, descruzó los brazos; y todo sin mirarla ni una sola vez.

En circunstancias normales, Urraca hubiera percibido el trastabilleo de su voz, el continuo cambio de postura y la insólita timidez que la embargaba. En circunstancias normales, Jimena habría notado la tensión en sus gestos, su inesperada inclinación a admirar el suelo y la respiración atolondrada que la invadía. Pero en estas circunstancias en particular los nervios de una alimentaban los de la otra, de manera que pudieran haber pasado horas e incluso días sin apenas atisbarse, de no ser porque un crujido rompió en las tripas de Urraca, desenredó un instinto como un aleteo desmandado en el velo del paladar de Jimena y ambas vomitaron un torbellino de polillas y luciérnagas que se entremezclaron en un vuelo desmedido y, francamente, obsceno.

En tanto que el frenesí de los insectos arramblaba la estancia en un juego de sombras y luminarias, Urraca desvestía a Jimena para descubrirle por fuera lo que ya le había descubierto por dentro, dejaba atrás sus ropas y ponía delante su desnudez, su cuerpo, sus muslos, la humedad que empapaba el aliento donde ahora su lengua subía y bajaba con el vaivén de las mareas que mecen y recogen los barcos en la penumbra. Cuando una se tendía agotada, la

otra recorría la curva de su cadera hasta dar con el bajo vientre y desbaratar los placeres que extinguían dos plagas en un gemido. Y así transcurrió la noche y el sol clareó en Manzora desvelando sobre las calzadas de la ciudad los restos de una multitud de polillas y luciérnagas que, pronto, desaparecerían con las pisadas de los viandantes que enterrarían bajo sus suelas lo que había quedado del fervor de la epidemia.

Mientras todos estos acontecimientos habían tenido lugar, Olaya Ordóñez, la legada enviada por Sancha I para reunir informes sobre los reinos extranjeros, regresó a la capital con nada menos que cuarenta y seis memoriales acerca de sus descubrimientos más allá de lo que había sido el reino de Manzora, y fue ignorada. Le concedieron una estancia en el castillo y una audiencia que se retrasaba cada día para el día siguiente. Primero había que lidiar con las plagas, le dijeron. Después que si el sistema de alcantarillado se había resentido. Más tarde que si el mantenimiento de las carreteras. Finalmente, Olaya Ordóñez se fue como había llegado, espoleando su caballo en dirección a León, donde Sancho y Elvira, esperaba, atenderían su relato con gusto.

La quemadura que le había quedado a Rodrigo a la altura del hombro, cuando extrajo a Tizona del corazón de un volcán, había cicatrizado sin que este le permitiera a Amparo que sus cachorritos la curaran. El muchacho que había sido ahora exhibía una cierta madurez en su juicio, determinación en sus palabras y un rostro adusto que se perdía en carantoñas cuando besuqueaba a Flurfi con el afecto desmesurado que solo un imbécil puede establecer con un ser todopoderoso que escapa a su entendimiento, o eso le parecía a Geperudeta, que lo juzgaba no muy lejos en el camino de vuelta a Manzora.

Cuanto más se acercaban, Rodrigo se encontraba inusitadamente alegre. Los vapores de las criadillas pasadas por agua en las cocinas del castillo, su madre atizándole para impedir que le racaneara una sola uva y la imagen de Alfonso, emborronada por el tiempo, acortaban la distancia que lo separaba de la ciudad.

—…así que es lo mejor —convino Martirio.

Habían transcurrido algo más de tres años, Rodrigo había mejorado con la espada, aprendido a cabalgar con Babieca sin tambalearse en su lomo, leer, escribir, recitar jarchas —porque Inocencia había insistido para su propio

disfrute—, cazar alimañas, cocinar sopas, preparar ensaladas y masajear los músculos para reducir la tensión, pero aún se le escapaba el difícil arte de escuchar cuando se le hablaba.

—¡Repite ahora mismo lo que acaba de decirte! —lo hostigó Inocencia.

—Pues, veamos, ha dicho que… —empezó a escurrir el bulto.

—¡Lo sabía! Siempre pones los ojos como brótolas cuando te obnubilas —le regañó—. Es importante que prestes atención durante los próximo dos minutos, ¿te ves capaz? —El desprecio que destilaba su voz podría haberse levantado y echado a andar por su propio pie de la consistencia que tenía.

Rodrigo asintió.

—Decía —entonó con reproche— que, al llegar a la entrada de Manzora, regresaremos a nuestro estado natural, de manera que solo tú puedas vernos, porque una cosa es un chiflado con una yegua de pelaje gris, azul y rosa que parece departir consigo mismo en mitad de los caminos hacia ninguna parte y otra muy distinta que ese mismo chiflado —y Rodrigo empezaba a percibir una nota de regodeo en sus palabras— actúe así rodeado del gentío que desborda las capitales.

—Pero ahora sois de carne y hueso, por qué no.

—Muchacho, qué pensarías tú del feroz, raudo y bravío Cid Campeador si apareciese en la corte con tres vejestorios y una apuesta y encantadora mujer en la flor de la vida como séquito —espetó Geperudeta.

—¿¡Tú eres la apuesta y encantadora mujer en la flor de la vida!? ¡Ja!, te digo, ¡ja! —se mofó Inocencia.

—Por no mencionar —intervino Amparo— a los cachorritos. —Que habían aumentado su número debido a que adoptó a cinco durante el viaje.

—¡Tienen tu cara tallada desde el siglo XIX! ¡Madero viejo! ¡Corolario de carcoma! ¡Apestas a naftalina! —despotricó Inocencia por otro lado.

—¿Sí?, pues al menos alguien esculpió mi cara, ¡montón de pellejos envilecidos! ¡Antigualla! ¡Doña Segunda Sombra.

Y siguieron insultándose un buen rato hasta que se les agotó el ingenio y la mala baba, entonces Martirio carraspeó para recuperar la atención de Rodrigo.

—En definitiva, procura guardarte tus pensamientos para ti en nuestra presencia y no olvides ocultar al flurflur, ¿entendido?

—Entendido.

Los cañaverales de La Vega ya se vislumbraban como una cohorte de lanzas custodiando los alrededores de la ciudad en tanto que Rodrigo apretaba el paso para aspirar cuanto antes el familiar tufillo a estanque y sardina muerta que desprendía la desembocadura del río Guano al mezclarse con las aguas del Cantábrico.

Al llegar, absolutamente todo había cambiado, excepto el castillo, que se exhibía en lo alto del acantilado imperturbable en su solidez. Las piedras desportilladas de la entrada crujieron bajo el peso de Babieca cuando cruzaron el portón. En seguida, el tumulto de los trabajadores fue sustituido por el asombro del titánico corcel y su terrible cuerno en punta adornado por un brillo fabuloso que lo cubría de gracia, y su jinete, que a su lado no parecía la gran cosa, pero del que empezaron a cuchichear un nombre que tal vez era el nombre del heroico ídolo de masas conocido en el imperio como.

—¿Rodrigo? —Anacleta Díaz dejó caer al suelo la gallina que había elegido para desplumar—. Hijo mío, qué flaco estás, ¿tienes hambre? Ven aquí, pequeña liendre, y abraza a tu madre —extendió los brazos con los ojos vidriosos—, pero cuidado con esos dos trastos, no me vayas a dar —se refería a las espadas—. Tendrías que cortarte el pelo, ¿no?, y, uf, darte un baño. Vamos, sígueme.

—Madre, me alegro mucho de verte, pero, primero, debería encontrarle un lugar a Babieca en las caballerizas y, bueno, presentarme a la corte. —Se ruborizó un poco.

—Oh, vaya, el señor importante —espetó Anacleta con una mezcla de orgullo y desdén—. Está bien, hijo, pero no te tardes.

Las caballerizas estaban repletas de caballos que Rodrigo desconocía y se inquietó al comprobar que Berza, la montura de Alfonso, se hallaba ausente. Quizá había emprendido un viaje o había salido a cabalgar, solía hacerlo, antes. Lo cierto es que el miedo a indagar sobre Alfonso lo había llevado a ignorar las noticias procedentes de Manzora. Sabía que Sancha había muerto y que Urraca ocupaba su lugar en el trono. No había querido saber más.

Entró en el salón de audiencias con la seguridad de un guerrero que esconde sus temores apretados en la empuñadura. Urraca, acompañada de una mujer entrada en años, lo recibió siendo anunciado a la voz del Cid Campeador. Cuando Rodrigo se inclinó y le dedicó una mirada, no tardó en reconocerlo.

—No es posible, ¡eras tú! —Descendió la escalinata y lo estrechó en sus brazos.

Rodrigo le contó, a grandes rasgos y omitiendo los detalles de la divina providencia, sus aventuras y desventuras desde que abandonó el reino. Le dio el pésame, por Fernando y Sancha, y entonces se enteró de que Muma se había desvanecido, que Urraca era emperatriz, que la mujer entrada en años que la acompañaba se llamaba Aldara Froilaz y que Alfonso se encontraba en Castilla, gobernando en su nombre; la desesperanza al recibir esta última noticia lo sobrecogió un instante, pero se sobrepuso para rogarle a Urraca, de rodillas y ofreciendo sus espadas, que lo armase caballero.

Dos semanas después, la torre del homenaje se engalanó para llevar a cabo la ceremonia para la que había sido erigida, el acto de vasallaje. Era una sala circular en la que pendían los blasones de los banderizos que se habían unido a la corte de Manzora desde su origen. Los caballeros que habían jurado servir a Urraca habían sido congregados para asistir al rito. Ahora, formaban un círculo en torno a ella en cuyo centro aguardaba Rodrigo que, de pie junto a su escudo y ciñendo a Tizona y Colada, reclamó:

—Vasallo he. —E hincó la rodilla con la mirada al suelo.

Urraca tomó el reclamo y se dirigió a Rodrigo.

—Tú, que te has de llamar vasallo, ¿caminarás mis tierras, mis campos, mis muros de piedra?

—¡Vasallo soy!

Alzó el rostro y extendió las palmas de sus manos. Urraca, con la copa broncínea de la Sangre cargada de vino, manchó sus labios.

—Ungirás tu nombre en la batalla, mi sangre de tu sangre mana.

Y se la tendió a Rodrigo, que bebió el contenido colocando la copa entre ambos.

—Aporta tu escudo a mi lucha.

Rodrigo extendió su escudo en el suelo.

—Blande tu espada al cielo.

Desenvainó su espada y la arrojo a sus pies.

—¡Vasallo jura!

Al juramento, el resto de caballeros se arrodillaron.

—Venid, pues, levantaos, que señora os guarda.

Rodrigo se levantó y los caballeros se alzaron, asieron sus escudos y los

martillaron con sus espadas en un redoble metálico que resonó en la sala como el tañido de las campanas. «[…]. Así fue investido Rodrigo Díaz de Vivar, abanderado por Urraca I, Emperatriz de todas las Españas, en el año 1072 de nuestro Señor Jesucristo, […], conocido en adelante como el Cid Campeador», dató Leonilda Ladrón de Guevara en *Historia de Rodrigo*.

En la corte leonesa, Olaya Ordóñez, frente a un banquete de chorizos y morcillas organizado en su honor, ponía al tanto de las curiosidades que había averiguado en el extranjero a Elvira y Sancho, mostrándoles, entre otras muchas maravillas, el boceto de un nocturlabio andalusí. A Sancho, una vieja ambición que había enterrado junto al cuerpo de su madre le picó la curiosidad, resurgiendo con más fuerza que nunca.

Tras la celebración, se apartó de las gentes, descuidó sus responsabilidades y se encerró a leer los diarios que Olaya Ordóñez había escrito. Sedas, curas milenarias, los ambages de la filosofía oriental y Bolonia, las universidades, el saber repartido entre mentes preclaras. Elvira intentó sacarlo de sus aposentos más de una vez y reconducirlo hacia las reuniones del consejo, pero supo que lo había perdido cuando lo halló tres días seguidos con los mismos ropajes, insomne e incapaz de apartar los ojos de los legajos que la mil veces maldita Olaya Ordóñez le había entregado.

Sancho quería conocer más, viajar, probar esos frutos exóticos, verter su lengua en las lenguas vernáculas de otros territorios muy alejados del suyo, y se dedicó a organizar la expedición. Su mente ya divagaba por aquellos hallazgos remotos que haría mientras trazaba su plan. Convocó a los constructores y les instó a que reunieran materiales porque, a su regreso, lo había decidido, la ciudad de León edificaría la mayor universidad jamás vista. Empaquetó lo necesario y preparó una comitiva de doce personas. Por más que Elvira le suplicó que desistiera de su empeño, Sancho se negó, apenas la oía, de hecho.

Antes de que él partiera, Elvira ya había abandonado la corte y se encontraba en los límites de Manzora para requerir a Urraca que sofrenara el ánimo de su hermano. Cuando Sancho, aún inmerso en cartografías y rutas para su itinerario, recibió la misiva de la Emperatriz de todas las Españas para que renunciara a su viaje, la arrojó a la chimenea sin dedicarle tan siquiera un pensamiento, aunque sí, tal vez, una injuria recelosa de otros tiempos que fue

deshilachándose como un cordel que se acerca al fuego. Y, donde hubo una pequeña comitiva de doce personas, se juntó una mesnada que fue creciendo hasta conformar un ejército con sus alabardas, flechas, espadas y adargas que desfilaban hasta Zamora aireando una palabra en la polvareda de los caminos que Odilia Olivares describió en la famosa biografía dedicada a Sancho, censurada durante el gobierno de Urraca I, *La impureza de la sangre*, como «Traición».

Lo que sucedió en la batalla de Zamora es difícilmente relatable. Urraca se presentó en la campiña de Sancho exigiendo su rendición inmediata, una medida que Sancho se comprometió a cumplir siempre y cuando Urraca le permitiera marchar desde ahí mismo al extranjero para emprender su travesía, a lo que esta se opuso volviendo la conversación a su principio, en el que Urraca le exigía rendirse y Sancho condicionaba su sometimiento a su partida. Transcurrieron así varias semanas, en debates cíclicos más relacionados con hermanos pequeños encorajinados y hermanas mayores inflexibles, que con un rey y la emperatriz a quien debe obediencia. Una rencilla llevó a la otra y hubo acusaciones del tipo «caprichoso» y «dictadora». Al final, los demás hermanos tuvieron que tomar partido. García se sumó a los banderizos de Sancho, en gran parte por cercanía geográfica, pero, sobre todo, por aburrimiento. Alfonso, que compareció tarde en la campiña, intentó mediar en los acuerdos, pero terminó por inclinarse del lado de Urraca. Elvira, dividida entre sus propias tropas y la razón que la había conducido a solicitar auxilio a Urraca, se mantuvo junto a su hermana cometiendo el último de los errores que habría de cometer como persona libre.

No había desmontado Alfonso del caballo, cuando Rodrigo se precipitó a su encuentro corriendo más rápido de lo que las palabras acudieron a su boca en el momento en el que lo alcanzó, sustituyendo su ansía por un pánico a articular cualquier frase con coherencia.

—Ey —le dio un golpecito en el hombro—, cómo va eso. —¡Cómo va eso! Qué diantres de saludo era aquel, por qué el tono desinteresado. Rodrigo se maldijo a sí mismo quinientas veces.

Alfonso, en cambio, se limitó a sonreírle, rodearlo en un abrazo y susurrarle que acudiera a su tienda por la noche. Pero no hubo noche que siguiera a aquel día, solo masacre.

Rodrigo, en la vanguardia, lideraba la lid. Entonces un cuerno sonó

propiciando la avanzadilla, el flurflur se deslizó por las aberturas de su loriga y Babieca cabalgó como un trueno entre el enemigo; Inocencia cubría su espalda, Martirio su flanco izquierdo, Geperudeta, el derecho, y Amparo… se había resguardado en lo alto de una colina, a la sombra de un olivo, jugando con sus cachorritos mientras la contienda se decidía.

Ni una espada tocó a Rodrigo, ni un solo caballero intuyó su sombra.

—Ataca a Sancho —lo urgió Martirio—, con él pones fin al combate.

No podía arriesgarse a atacar a Sancho, moriría y su muerte no le sería perdonada.

—Morirán otros muchos si no lo hace él —lo apremió Geperudeta—. Morirá Alfonso. —Y había un vaticinio en su voz.

«Si lo hago», pensó, «si lo hago, arrastraré esa condena hasta el fin de mis días».

—Si no lo haces por salvar la vida de aquel que amas, lo harás por vengar la muerte de aquel que amaste, tú decides.

Y decidió.

Ni lo vio venir, un destello plateado le rozó la vida como el sobresalto de un recuerdo. Fue rápido, casi indoloro. A Elvira no le dio tiempo a esquivar a los hombres y mujeres que le salían al paso. Bien visto, ya no importaban los bandos, pensó, y los mató a todos para quitárselos de en medio. La sangre le había salpicado hasta el cabello. Asió a su hermano, su mellizo, la otra parte con la que había nacido, le dijo «Despierta», pero no despertó. Le golpeó el pecho, la cara, «Despierta», le dijo, pero no despertó, y cada lágrima que no vertía drenaba adentro. Las espadas a su alrededor fueron retrocediendo, rindiendo su escudo, huyendo a donde los perros huyen. Pero no importaban, ya no importaban los bandos, le mesó el cabello, acarició su mejilla, besó su frente, «Despierta», le dijo, pero no despertó.

A Sancho lo enterraron como había nacido, *cum macula*. Entonces Elvira recogió los pedazos de su causa, los juntó y demandó a Urraca que la cabeza de Rodrigo se ataviara con un dogal de espinas que lo asfixiara hasta casi perder el aliento, y dejarlo respirar, y ensartarle la espada con la que atravesó a Sancho, en un brazo, una pierna, y sanar sus heridas, y retrasarle la muerte para acabar decapitándolo después.

El dilema que embargó a Urraca tras la batalla de Zamora discernía entre lo correcto, consentir a la demanda de su hermana, condenar a Rodrigo al

mismo destino al que él había condenado a Sancho, y la cuestionable decisión de no arrebatar una vida que provocaría otra guerra entre Alfonso, Elvira y ella misma. En principio, decretó que los tres hermanos regresaran con ella a Manzora, donde podría custodiarlos mientras reflexionaba sobre el asunto.

Pasaron los días y Urraca halló consuelo en Jimena. Acudió a ella cada noche en sus desvelos y, cada noche, abandonaba su camarote con la intención de declarar la muerte de Rodrigo, y su ímpetu y su arrojo se desvanecían por el camino de manera que al sortear el pasillo que finalizaba en su alcoba, el embrollo había vuelto a enredarse en un amasijo de ofuscaciones.

Pasaron los días y Alfonso visitó a Rodrigo. Ni los años ni los acontecimientos más recientes parecían haber alterado el querer entre ellos y sucumbieron el uno al otro como la primera vez que lo habían hecho. Lo que hablaron o se dijeron en el lecho fue imposible de entender, porque las Vírgenes decidieron amurallarse de espaldas a los encuentros para no participar de sus intimidades.

Pasaron los días y Elvira confabuló con García, le llenó la cabeza de moralidades, de el bien y el mal y lo justo, lo que la Justicia reparte a las mujeres y los hombres que violan sus leyes. Le habló de la naturaleza, de los vínculos, de la sangre y la fraternidad que une un linaje regio. Le habló de Sancha y de Bermudo y de que la Historia es como una elíptica que gira produciendo círculos que no llegan a tocarse del todo, pero que comparten un mismo centro. Moldeó a García porque era moldeable y cuando este se coló en los aposentos de Rodrigo con un puñal decidido a segarle la vida de un tajo, una luz aureolada lo deslumbró, cayó de espaldas y Rodrigo se aprestó a defenderse. Entonces, García lo confesó. Urraca los confinó a ambos en dos celdas. A García lo perdonó, porque era perdonable, a Elvira, en cambio…

Dos años han pasado, tal vez tres, de tu ignominia. ¿Sigue Rodrigo durmiendo en el lecho que fue el de mi hermano? ¿Compartiendo la hogaza y el queso en la mesa en la que mi madre rechazó el alimento por los horrores de la guerra? ¿Ocupa, tal vez, mi sitio en el trono de León?

Una voz gangosa, como de carcelero, me comunicó que iba a ser liberada, Urraca. ¿De este torreón? ¿De la vida? ¿De qué? No especificó respuesta. No sé si me oyó. He perdido el recuerdo de las conversaciones. Creo que hablo, pero quizá solo gruña. Urraca, ¿vendrás, después de todo?

Tres años son muchos días para dejar pasar; pero pasaron. Urraca se vistió, Jimena aún dormía. Sin escolta, se dirigió al torreón donde Elvira residía confinada en el castillo. Se había equivocado, lo admitía, aunque de poco valgan las admisiones cuando el castigo se ha infligido.

Todas las vidas, pensó Urraca, disponen de múltiples posibilidades a la hora de encauzar su final. No castigar a Rodrigo, para no atormentar a Alfonso, fue un error. Encerrar a Elvira, para que la evocación del asesinato de Sancho no la afligiera, fue una injusticia, un acto de egoísmo que se le reveló cada noche. «Pero no más noches que la de ayer», se dijo Urraca, «no más noches».

Retiró las cadenas de la puerta, abrió el candado.

—Disculpas, hermana, por la tardanza.

Ni sus perdones ni sus arrepentimientos la convencieron. Elvira no habló, ya no hablaba. La observó, jamás le perdonaría su ensañamiento, pero una puerta que se abre es una oportunidad incierta y la cruzó antes de que la inclemencia de su hermana la cerrará de nuevo y para siempre.

Rodrigo, esa misma mañana, fue convocado a juicio o, más bien, a sentencia frente a la sede de los tronos. No se exculpó, en ningún caso. Aceptó su castigo porque sabía merecerlo.

Geperudeta, que se había mantenido en silencio y a la espera de aquel preciso instante durante tres largos años, se regocijó en el momento en el que la Emperatriz de todas las Españas, Urraca I, desterró a Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, de su imperio.

Entonces la Virgen se volvió a Amparo, Martirio e Inocencia, les sonrió con entusiasmo y, frotándose las manos en un alarde de triunfo, espetó.

—Ahora empieza lo bueno.

La primera edición en papel de este libro se terminó de imprimir en los talleres de Podiprint, Antequera (Málaga), el 10 de julio de 2019, exactamente 920 años después de que muriese en Valencia Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, según algunos estudiosos. Otros dicen que no, que fue en otra fecha. Alguno incluso afirma que sigue vivo en nuestros corazones.

1. «O Fortuna», *Carmina burana*.

2. Ídem.

3. *Planicie*, Mafalda Veiga.

TABLA DE LOS

Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cavallero Don Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador, acompañado de su fiel Compañero, el Flurmi flurxo sirruti cletoide.

Las mocedades de Rodrigo Fol.I

XV

LXXXIX

Libro III. Imperio CXLVII

Libro I. Descendencia

Libro II. Legado

Fin de la Tabla.

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos.

Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

ÍNDICE

Portada (ir)

Sinopsis (ir)

Créditos (ir)

▼Las mocedades de Rodrigo (ir)

Cédula Real (ir)

Testimonio de las erratas (ir)

Biografía de Almijara Barbero (ir)

Dedicatoria (ir)

Citas (ir)

Descendencia

Libro I.

(ir)

Legado

Libro II.

(ir)

Imperio

Libro III.

(ir)

Colofón (ir)

Notas (ir)

Tabla de contenidos (ir)

Recomendación final (ir)

Índice (ir)